

Selección TERROR

NOCHE DE DIFUNTOS

CLARK CARRADOS

FRISÁ

El excéntrico millonario Hyram W. Koldicutt ha fallecido y en su mansión se han reunido todos los herederos mencionados en el testamento, que incluye la siguiente cláusula para el cobro de la herencia: «Tras la lectura del testamento, se procederá al entierro del difunto, en el lugar ya señalado en el jardín. Los hombres cavarán la tumba, mientras las mujeres les alumbran con los seis cirios que hay en el túmulo. En dicho lugar están ya las herramientas necesarias para cavar la tumba, más la lápida con la inscripción correspondiente».

Pero ésa no será la única sorpresa del testamento que se inicia con las siguientes palabras: «He sido asesinado. Mis herederos, parientes en distintos grados, tienen prisa por cobrar su parte de herencia. Y cobrarán esa parte, desde luego, suponiendo que vivan para ello…».

Tras finalizar la lectura del testamento, dará comienzo una noche de difuntos, muerte y horror.



Clark Carrados

Noche de difuntos

Bolsilibros: Selección Terror - 132

ePub r1.2
Titivillus 13.03.15

Título original: *Noche de difuntos*
Clark Carrados, 1975

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2




ft
SELECCION
TERROR

Capítulo Primero

Los coches iban llegando a la mansión, brillantemente iluminada, y en la entrada, Elphins, el mayordomo, recibía cortés y respetuosamente a los invitados, a quienes expresaba con dolidas palabras su más sentido pésame.

Porque, aunque el aspecto exterior de la casa así parecía indicarlo, allí no se iba a celebrar una fiesta, sino un funeral. Y el abogado del difunto iba a dar lectura al testamento, para cuyo trámite acudían los herederos desde diversos puntos del país.

Había trajes oscuros o negros, pero poco dolor en los semblantes. Seriedad, sí, pero tras esta expresión, un observador atento hubiese podido percibir una gran alegría.

Pues el muerto había sido un hombre de enorme fortuna y ahora, todos los que llegaban a la mansión de Cutson's Hill, lo hacían con ánimo de atrapar un buen pellizco de la riqueza que en vida había poseído el difunto.

Una elegante muchacha, de pelo castaño y ojos ambarinos, vestida con un traje gris oscuro, adornado con unos vivos blancos, llegó a la casa. Elphins la recibió cortésmente.

—¿Su nombre, señora, por favor?

—Señorita Marion Ford —contestó la recién llegada.

Elphins anotó el nombre en una libreta.

—No tenía el honor de conocer a la señorita —manifestó.

—Tampoco yo supuse jamás que el honorable y excéntrico Hyram W. Koldicutt llegase a acordarse de mí en su testamento. En realidad, ni siquiera sé por qué me han citado aquí. ¿Lo sabe usted?

—Es la primera noticia que tengo sobre el particular, señorita —contestó el mayordomo gravemente—. Perdón, señorita…

Otro coche llegaba en aquel momento, atravesando el puentecillo que salvaba el amplio arroyo artificial que formaba parte de la decoración del extenso jardín circundante. Marion subió

ágilmente los seis escalones que había hasta la entrada y franqueó el umbral de la casa.

Era enorme, lujosa, la mansión propia de un hombre adinerado, aunque, por lo que ella sabía, Koldicutt había empleado a veces métodos muy poco ortodoxos para conseguir su fortuna. Ahora, se dijo Marion, no era más que un poco de carne fría y carente del hálito vital.

Sí, allí estaba Koldicutt, en su ataúd, sobre un túmulo forrado de negros paños y flanqueado por seis enormes candelabros, con los cirios encendidos. A Marion le chocó que cada uno de los cirios tuviese un color: blanco, amarillo, rojo, azul, verde y negro. Un capricho más del excéntrico individuo llamado en vida Hyram W. Koldicutt, pensó.

El rostro del muerto reflejaba todavía la dureza y la energía que le habían hecho famoso. «¿Y de qué le había servido tanto dinero?», se preguntó la muchacha filosóficamente. Koldicutt había empezado a trabajar muy temprano. A los treinta años ya se había creado una posición. Y a los cincuenta, cuando más fuerte se le veía, cuando más seguro estaba de sí y de sus millones, ¡paf!, un ataque cardíaco y al otro barrio.

—Demasiado dinero, a veces, es malo.

—Tiene usted razón, señorita.

Marion lanzó una ligera exclamación de sorpresa. Había hablado a media voz, sin darse cuenta, abstraída en sus pensamientos.

El joven que estaba a su lado sonrió.

—Lo siento, pero no pude evitar el comentario… a su comentario —dijo—. Permítame, señorita; me llamo Bat Bludin.

—Marion Ford —sonrió ella—. Encantada, señor Bludin.

—Es un placer. ¿Pariente? —El mentón de Bludin señaló hacia el féretro.

—No. ¿Usted?

—Tampoco. Es curioso. Recibí una carta, solicitando mi presencia en la lectura del testamento. Pero jamás, que yo sepa, había tenido relación con el difunto.

—Lo mismo me sucede a mí y me encuentro, supongo, tan sorprendida como usted. ¿Qué dirán los herederos, señor Bludin?

Marion tenía la vista fija al otro lado del vestíbulo, en donde se divisaba un numeroso grupo de hombres y mujeres, charlando a

media voz. La mayoría eran jóvenes; había un par de mujeres muy guapas y también se veía a una exuberante cuarentona, que fumaba en una larga boquilla.

Un hombre alto y delgado, vestido de negro, cruzó el vestíbulo, salió al exterior y cambió unas palabras con el mayordomo. Elphins consultó su libreta y dio la contestación que el otro aguardaba.

—Entonces, ya están todos —dijo Simmons, el abogado del muerto—. Sirva algo de beber en el salón principal.

—Sí, señor.

El mayordomo entró y cerró la puerta con gran prosopopeya. Jermyn Simmons se dirigió a los presentes.

—Por favor, tengan la bondad de pasar al salón principal —dijo —. Se va a proceder a la lectura del testamento, aunque antes, de acuerdo con las condiciones impuestas por el difunto, habré de pasar lista, para comprobar que están presentes todos los herederos.

—Una cosa muy propia de mi hermanito —dijo la exuberante cuarentona—. Para cobrar, hay que formar y marcar el paso. Uno, dos…; uno, dos…

—Por favor, Helen —dijo un joven con gafas de cristales de un centímetro de espesor—, un poco más de respeto a los muertos…

—Calla, cegato —dijo Helen Koldicutt desgarradamente—. Tú no ves la mitad de las cosas que ven los demás, y no lo digo en el sentido puramente físico…

Fred Ibbetson enrojeció vivamente.

—Por favor.

—Anda, tonto, vamos adentro, vamos a ver qué es lo que nos cae esta noche. —Helen se colgó confianzudamente del joven, a quien pasaba quince o dieciséis años al menos—. Y vamos a ver también qué condiciones nos impone mi ex querido hermanito para cobrar la pasta.

Sonaron algunos murmullos. Diez personas, además del abogado, penetraron en el salón. Bludin contempló los valiosos cuadros y los muebles de lujo y se dijo que, al menos, el difunto había tenido buen gusto en lo referente a decoración.

«O, por lo menos, permitió que le asesorase un experto en arte», pensó.

El abogado carraspeó.

—Señora Helen Koldicutt —recitó.

—Aquí —dijo la rubia, moviendo una mano.

—Robert y Lila Zane.

—Presentes —contestó un hombre de mediana edad y aspecto insignificante, junto al cual se sentaba una mujer de similares características.

—Peggy Lorenz.

—Hola —dijo una hermosa morena, de veintiocho años y rostro malicioso.

—Millie Koldicutt.

—Sí, estoy —manifestó otra joven, de pelo pajizo y cuerpo escultural.

—Billy Torrance.

—Presente —dijo un hombre de treinta y cuatro años, figura atlética, rostro duro y mirada ceñuda.

—Fay Williams.

—Sí, señor —murmuró una mujer de cincuenta años, de aspecto modesto y expresión resignada.

Elphins entró empujando un carrito con bebidas, que empezó a repartir de inmediato, mientras Simmons pronunciaba los últimos nombres. Bludin tomó un *high-ball* con whisky y hielo, mientras que Marion se pronunciaba por el jerez.

Entonces, al terminar de pasar lista, Simmons dijo:

—Señoras y caballeros, quiero que sepan una cosa. Les he citado aquí, obedeciendo instrucciones de mi difunto cliente, quien, hace algunos meses, me entregó su testamento en un sobre sellado, junto con otro en el que se contenían dichas instrucciones. Por tanto, me creo en la obligación de declarar que no conozco el contenido del testamento. Sólo sé, por la lectura de la carta previa, que siete de los presentes tenían parentesco con el difunto Hyram Koldicutt.

—Yo, su hermana —dijo Helen.

Simmons inclinó la cabeza.

—Lo sé, señora…

—Señorita —rió ella—. No me he casado. Se está muy bien soltera, créame.

Bludin miró a Fred Ibbetson, que parecía embobado por lo que hacía y decía la cuarentona. «El amor es ciego», pensó, divertido.

—En cuanto a las otras tres personas no parientes —siguió el abogado—, imagino que el difunto tuvo sus motivos para

considerarlas herederos y que lo explicará en el testamento. Pero aquí hay algo más todavía.

Simmons leyó el papel que tenía en la mano, parpadeando repetidas veces, como si no se acabara de creer lo que había allí escrito. Al fin, se llenó los pulmones de aire y dijo:

—Tras la lectura del testamento, se procederá al entierro del difunto, en el lugar ya señalado en el jardín. Los hombres cavarán la tumba, mientras las mujeres les alumbran con los seis cirios que hay en el túmulo. En dicho lugar están ya las herramientas necesarias para cavar la tumba, más la lápida con la inscripción correspondiente. ¿Está claro?

Sonó una risita.

—Abogado, ¿quién va a filmar la escena? —pregunto Peggy Lorenz.

—¡Cavar! —se estremeció Robert Zane.

—Son millones —le recordó su mujer a media voz.

—Será divertido —comentó Helen.

Los otros dijeron su parecer, nada favorable a lo que ordenaba el difunto, aunque resignados a cumplir su voluntad. Al cabo de unos minutos, Simmons anunció que iba a proceder a la apertura del sobre que contenía el testamento.

* * *

Simmons, meticuloso, hizo que el sobre pasara de mano en mano, a fin de que todos los presentes pudieran apreciar que los sellos estaban intactos.

—El señor Koldicutt me lo entregó en presencia de mis dos socios en la oficina legal y declaró que este sobre contenía su testamento —dijo Simmons—. Y ahora…

Simmons rasgó el sobre y extrajo una hoja de papel. Diez pares de ojos se clavaron, con distintas emociones, en el documento.

El abogado se aclaró la voz. Luego, empezó a leer:

—«He sido asesinado. Mis herederos, parientes en distintos grados, tienen prisa por cobrar su parte de herencia. Y cobrarán esa parte, desde luego, suponiendo que vivan para ello…»

—Es una broma estúpida —gritó Billy Torrance.

—Billy —rió Helen—, ¿negarás a un muerto el derecho a

expresar su opinión? Aunque hacía años que no me relacionaba con mi hermano, le conocía bastante bien y sé que, desde que consiguió el primer dólar, vivió con la obsesión de ser asesinado. Por tanto, no resulta extraño que lo diga en su testamento. Pero, por favor, continúe, abogado.

—Gracias, señorita Koldicutt —dijo Simmons. Una vez más carraspeó y siguió—: «Y cobrarán esa parte, desde luego, suponiendo que vivan para ello, porque yo les he condenado a muerte y morirán de la muerte acorde con sus circunstancias personales, a menos que renuncien al dinero que les corresponde. A mi hermana Helen le dejo un millón, libre de impuestos, aunque ya me imagino que lo hará polvo con sus amantes. A los demás, cuatrocientos mil dólares, que disfrutarán si abandonan sus costumbres. En cuanto a Fay Williams, no tengo nada contra ella, sino gratitud por la devoción que puso al servirme y le dejo una manda de cien mil dólares».

Simmons tomó un sorbo de agua.

Continuó:

—«Veinticinco mil dólares, libres de cargas e impuestos, a Bat Bludin y a Marion Ford. Aunque ellos no lo saben, me ayudaron mucho en cierta ocasión que no deseo mencionar. No tengo nada contra ellos, sino gratitud, por lo que las amenazas anteriores no les afectan en absoluto. ¿Cómo causar daño a quienes me hicieron bien? Y, por último, cincuenta mil dólares al fiel Elphins, que me ha servido con tanto afecto en los últimos años».

Simmons terminó la lectura y paseó la vista por los rostros de los presentes. Fay Williams, con un pañuelo en la nariz, lloraba silenciosamente.

Bludin y Marion se sentían desconcertados.

—¿Qué ayuda prestó usted a Koldicutt, señorita? —preguntó el joven.

—No lo sé. No tengo ni la más mínima idea. Aunque había oído, lógicamente, el nombre de Koldicutt, jamás tuve el menor trato personal con él. Ni siquiera estuve empleada en alguna de sus empresas.

—A mí me pasa algo parecido —dijo Bludin pensativamente—, pero mire el resto de los herederos.

Marion rió con moderación.

—Parece un gallinero —comentó.

Había voces y frases de todos los calibres y para todos los gustos. Tres hombres y cuatro mujeres rodeaban excitadamente al abogado, protestando con gran acaloramiento de lo que consideraban una calumnia. Simmons se defendía como podía, asegurando que no tenía nada que ver con aquel excéntrico testamento. Los herederos juraban y perjuraban que no se habían confabulado para asesinar a Koldicutt.

—Y yo les creo a ustedes, señoras y señores —casi gritó el abogado—; pero, comprendan, me he limitado a leerles el testamento. Por otra parte, recuerden, él no les niega la parte correspondiente de la fortuna; sólo dice…

—¿Cuándo podremos disponer del dinero? —preguntó Millie Koldicutt abruptamente.

—A partir de mañana, mis socios y yo iniciaremos los trámites para convertir en contante la fortuna del difunto. Pero, mientras tanto, podrán disfrutar de créditos en el Banco… siempre que cumplan la primera condición.

—Es verdad —dijo Zane—, hay que enterrarlo.

—Bueno, en tal caso, no perdamos más tiempo —exclamó Billy Torrance.

Y se encaminó hacia la salida.

—Usted también tiene que cavar —dijo a Bludin.

—Estoy dispuesto —contestó el interpelado gravemente.

—¡Eh, las mujeres, vengan a por los candelabros!

Sonaron algunas risitas. Helen apretó la mano del miope.

—No temas, susurró.

Ibbetson le dirigió una mirada de carnero degollado. Bludin captó el gesto y contuvo la sonrisa.

Los componentes del grupo se dirigieron hacia la cámara mortuoria. Al llegar allí, se oyó una serie de gritos de asombro.

¡El ataúd estaba vacío!

Capítulo II

—Pero ¿qué broma es ésta? —gritó Helen, colérica.

Bludin se acarició el mentón pensativamente. Sí, Helen parecía tener razón. Si era una broma, resultaba preciso convenir que era muy pesada.

—¿Quién diablos se ha llevado el cadáver? —gruñó Zane.

—Esto no me gusta —dijo Marion a media voz.

—El difunto tenía también fama de humorista —recordó Bludin.

Torrance se volvió hacia el abogado.

—Oiga, Simmons, esto ya es demasiada burla. Yo me marcho de aquí…

—Espera un momento, Billy —dijo Peggy—. Esté o no el muerto, tenemos que cobrar un buen pico.

—A mí me gustaría que el muerto estuviese aquí —dijo Ibbetson.

—Es la primera vez que oigo decir a alguien que tiene ganas de ver a un muerto —rió Millie.

—Señor Simmons, puesto que el muerto no está, ¿hemos de cavar la sepultura? —preguntó Torrance.

—¿Dónde está el mayordomo? —gritó Helen—. Elphins era carne y uña con su amo. Él tiene que saber qué ha sido del cadáver.

—Sería conveniente que fuésemos a buscarlo —propuso Lila Zane con cierta timidez.

—¿Qué hay del resto de la servidumbre? —preguntó Peggy.

—Se despidieron hoy —respondió Simmons—. Elphins tenía instrucciones concretas al respecto.

—De modo que, salvo él y el difunto, no había nadie más en la casa.

—No.

—Pues yo no he oído ruido de coches, así que tiene que estar por alguna parte —exclamó Torrance resueltamente—. ¿Me

acompañas, Millie?

—Claro —accedió la aludida.

Bludin, suspicaz, levantó los paños negros que cubrían el túmulo. Debajo no había sino un gran tablero, sostenido por dos caballetes, apoyados directamente en el suelo.

—¿Qué esperaba encontrar? —preguntó Marion—. ¿Quizá un falso fondo en el ataúd?

—No hay distancia suficiente —contestó él—. Alguien se ha llevado el cadáver.

—Pues Koldicutt era bastante pesado.

—Y Elphins no tenía nada de alfeñique.

—¿Sospecha de él?

—Todos estábamos en el salón. Elphins era el único que faltaba —contestó Bludin.

Marion asintió. En torno a ellos, hervían los comentarios.

La única que guardaba silencio era Fay Williams, tímida y azorada, con el bolso en las manos y una mirada de continuo temor en sus ojos acuosos. Bludin se preguntó qué relación había unido en el pasado a Fay con el muerto, para que éste le dejase cien mil dólares.

De repente, se oyó un terrible alarido.

Varias cabezas se volvieron hacia la puerta. El chillido se repitió, haciendo vibrar los cristales.

Bludin se lanzó fuera de la estancia y corrió hacia las habitaciones posteriores. De pronto, se tropezó con Lila Zane.

—A… ahí… —decía la mujer—. Elphins… muerto…

Detrás de Bludin sonó una interjección. Bludin pasó a la cocina.

Había un cuerpo humano tendido en el suelo, pero no era Elphins. Elphins estaba colgado del techo de la cocina, con la cabeza ladeada, medio palmo de lengua fuera y las manos caídas a lo largo de los costados.

Bludin sintió una horrible náusea. En la puerta de la cocina sonaron varias interjecciones.

Peggy Lorenz estaba ausente. A ella le tenía sin cuidado lo que sucedía en otro lado de la casa.

No le importaba nada la desaparición del cadáver ni la falta del mayordomo. Había otra cosa que le interesaba mucho más.

Su bolso era grande y capaz. Ya lo había llevado así

deliberadamente.

En semejantes circunstancias, sabía que la vigilancia en la casa sería nula o mínima. Fue al gran salón y se acercó al enorme aparador donde se guardaba la cubertería.

Era de oro. Koldicutt había sido siempre un fanfarrón, pagado de su dinero. La vajilla era de la mejor porcelana de Sajonia y, naturalmente, sólo se podía utilizar con cubiertos de oro.

Ella conocía el lugar donde se guardaban los cubiertos. Agarró el tirador del cajón y dio un seco tirón.

En el mismo instante, brotó un tremendo fogonazo. Sonó un cañonazo y Peggy creyó que la partían por la mitad. Pero fue una sensación brevísima, el tiempo que duró su corto vuelo desde el aparador hasta un par de metros de distancia. Cayó de espaldas y ya no se movió.

El estampido llegó hasta la cocina. Todos los que estaban contemplando el cuerpo de Elphins volvieron la cabeza.

—¿Dónde ha sido eso? —preguntó Helen.

—En el salón… —contestó alguien.

—¡Falta Peggy! —gritó Torrance.

Bludin apartó un par de cuerpos con los brazos y echó a correr. Atravesó el vestíbulo y llegó al salón. Desde la puerta vio el cuerpo de Peggy tendido en el suelo, con los brazos abiertos y el vientre destrozado por la descarga.

Todavía flotaba en el aire una nubecilla de humo azulado. El olor a pólvora quemada resultaba inconfundible.

Sonó un agudo chillido. Millie presenció el espantoso cuadro y casi se desmayó.

Bludin hizo un esfuerzo sobre sí mismo y avanzó unos cuantos pasos. Contempló unos instantes a la muerta y luego volvió los ojos hacia el cajón abierto a medias y con el frontis volado por las postas, que luego se habían incrustado en el pecho y estómago de Peggy.

Agachó la cabeza un poco. Al fondo, pudo ver dos cañones de escopeta, muy cortos, poco más que los cartuchos que habían contenido. La trampa era evidente. Había funcionado cuando alguien quiso abrir el cajón.

Pero en el fondo del cajón, sujeto con una chincheta, había un papel escrito. Bludin alargó la mano y sacó el papel.

—¿Dice algo? —preguntó Helen desde la puerta.

—Sí —contestó Bludin—. Habla del castigo a una urraca…

—No me extraña. Peggy lo era. Siempre robaba cosas en todos los lugares. Y no era cleptómana, porque también habría robado en los grandes almacenes y ahí sabía que hay policías y detectives que la hubieran puesto en un brete. Pero si usted la hubiese recibido en su propia casa, al irse ella, habría echado de menos la falta de un reloj o una cámara fotográfica o un encendedor o, incluso, hasta su billetera. Peggy era así, ladrona.

—Entonces, buscaba algo en el cajón.

—Claro: los cubiertos de oro.

Bludin silbó.

—Cubiertos de oro, ¿eh?

—Tienen que estar por alguna parte. Mire el bolso de Peggy: ahí cabe la mitad de la tierra del jardín. Siempre usaba bolsos de ese tamaño, ¿comprende?

Bludin recordó algunas de las frases del testamento. Ciertamente, Peggy no había abandonado sus costumbres de ladrona. Urraca, la calificaba el muerto, con indudable sarcasmo.

—Será mejor que alguien traiga una manta —solicitó.

Torrance trajo la manta a los pocos momentos.

—Pobre Peggy —murmuró—. Aunque fuese una ladrona, no merecía morir de esa manera.

Bludin asintió. Después de cubrir el cadáver, salió de la estancia y miró a los que estaban allí congregados.

—Es preciso avisar a la policía —dijo.

—¿Fred? —indicó Helen.

—Sí, al momento.

Ibbetson fue al despacho del difunto dueño de la casa. Un instante después regresaba, con el rostro lleno de terror.

—¡Han cortado los hilos! ¡Estamos incomunicados!

* * *

Bludin frunció el ceño.

—Esto es ya más que una broma pesada —dijo—. Han muerto dos personas y es preciso que la policía tome cartas en el asunto.

—Hendon Village está a doce kilómetros. Hay algunas

residencias campestres en la zona, pero están muy alejadas unas de otras —declaró Helen—. A mi hermano le gustaba la soledad, en sus fines de semana.

—El pueblo no se ve desde aquí.

—No. ¿Acaso pensaba hacer señales luminosas?

—Hubiera sido una buena idea, ¿no le parece?

—Bien, pero si no hay teléfono en cambio sí hay automóviles. Y me parece, aparte de los dos o tres del difunto, cada uno tenemos el nuestro —intervino Marion.

En aquel momento y como si fuese una respuesta a aquellas palabras, se oyeron una serie de violentas detonaciones. En la casa saltaron un par de cristales.

Chillaron algunas de las mujeres. Bludin corrió hacia la puerta principal y salió a la veranda.

—¡El puente! —exclamó.

—¡Rayos! —juró Torrance.

Había algunos postes con faroles en el jardín. Bludin se acercó al lugar donde había estado el puente, del que no quedaban apenas rastros.

El riachuelo artificial era muy ancho, al menos medía seis metros.

—Mi hermano era muy caprichoso —dijo Helen, con su inevitable boquilla entre los dientes.

—Habrá algún medio de salvar ese arroyo —supuso Bludin.

—Es una corriente artificial. Rodea el jardín por completo.

—¿Y tiene la anchura igual en todos los sitios?

—Y otro tanto de profundidad —rió la cuarentona.

—Ese arroyo se puede salvar a nado —dijo Torrance fanfarronamente.

—¡Animo, tarzán! —exclamó Millie.

Torrance empezó a quitarse los zapatos. Era un sujeto fornido, de amplió tórax, bastante presuntuoso.

—Supongo que las damas no se sentirán ofendidas por verme en calzoncillos —dijo.

—Nos volveremos de espaldas —exclamó Helen riendo. Pero no hizo el menor gesto por pasar de las palabras a los hechos.

Al fin, Torrance quedó solamente con los calzoncillos.

—¡Huy, son de lunares! —comentó Helen.

Torrance emitió un bufido. Luego sacó el pecho y se golpeó un par de veces, haciéndolo sonar como un tam-tam.

—Estás en forma, macho —dijo Millie, palmeándole fuertemente en la espalda.

De repente, Bludin se sintió acometido por una extraña premonición.

—Torrance —llamó.

El hombre se volvió.

—¿Qué pasa? —dijo, petulante.

—No intente el cruce. Ya hallaremos un medio de comunicarnos con Hendon Village. Si los hilos del teléfono han sido cortados, podemos empalmarlos y…

Torrance hizo una mueca de desprecio.

—Sólo son seis metros —dijo.

Y se lanzó de cabeza al agua.

Emergió. Cuando sacó la cabeza fuera, aullaba terriblemente.

El agua remolineaba y hervía de un modo extraño. Torrance se agitaba epilépticamente. De pronto, pareció reaccionar y nadó furiosamente hasta la orilla más próxima, que era la opuesta a la que se hallaban los aterrados espectadores de la escena.

Agarrándose a las hierbas de la orilla, consiguió salir. Entonces, todos los presentes pudieron ver numerosos peces agarrados a distintos puntos del cuerpo de Torrance. El hombre y los peces se agitaban espantosamente.

—¡Pirañas! —gritó alguien.

Marion creyó que se desmayaba. Un cuerpo humano rodó al suelo a su lado, pero nadie hizo caso de Fay Williams.

Los alaridos de Torrance eran espeluznantes. De pronto, vencido por el dolor, se inclinó a un lado, su pie izquierdo resbaló en la hierba mojada y cayó al agua.

Cientos de voraces carniceros se lanzaron al asalto de la presa. Millie, arqueada hacia delante, vomitaba.

Marion se volvió. No quería presenciar aquella escena horripilante.

Una mano asomó fuera del agua. Apenas quedaba ya carne; los huesos blanqueaban espeluznantemente.

Bludin puso una mano en el brazo de Marion y se la llevó hacia la casa. Helen y Robert Zane ayudaban a Fay a recobrarse.

Ibbetson parecía como alelado, convertido en una estatua que apenas alentaba.

—Vamos, tú, pasmado, ayúdanos —gritó Helen.

Millie caminaba como una beoda hacia la casa. Bludin condujo a Marion hasta otra sala y la dejó sentada en un sillón.

—Voy a ayudar a los otros —dijo.

Millie entró en aquel instante. Tenía los ojos extraviados.

—¿Hay algo de beber? —preguntó roncamente.

—En el salón…

—¡No! —chilló la joven, estremeciéndose de pensar solamente en Peggy Lorenz.

—Iré yo —dijo Bludin.

Bludin entró en el salón y puso copas en la mesita, que ya tenía botellas de sobra. Luego la hizo rodar hasta la otra estancia.

—Marion, sirva bebidas —indicó.

La muchacha se puso en pie, algo más recobrada. Bludin se dirigió de nuevo al vestíbulo.

Lila Zane entraba en aquel momento.

—Vaya allí —dijo el joven.

Zane y Helen entraron instantes después, sosteniendo a Fay Williams. Bludin ocupó el puesto de Helen, quien le dirigió una mirada de gratitud.

El último en entrar fue Ibbetson, quien parecía como anonadado por lo sucedido. Marion empezó a repartir bebidas.

Al cabo de unos momentos, todos se encontraron algo mejor.

—Es preciso hacer algo práctico —dijo Helen.

—Los hilos del teléfono no se pueden empalmar. Faltan al menos dos docenas de metros del tendido exterior —manifestó Bludin, que ya había realizado una exploración en ese sentido.

—Hacer fuego… —sugirió Marion.

—Tendríamos que quemar el parque —declaró Helen—. La casa queda en una hondonada con respecto a Hendon Village, sin contar con las colinas que hay a cinco kilómetros.

—Helen, ¿cómo se le ocurrió a tu hermano llenar el foso de pirañas? —preguntó Zane.

Helen se encogió de hombros.

—Lo conocías tan bien como yo —respondió—. Era despiadado en los negocios y fanfarrón y orgulloso con los de su misma sangre,

lo que no le impedía mostrarse como un puritano en determinadas ocasiones.

—Pero ¿no te habló nunca de las pirañas?

—¿Te lo dijo a ti? ¿A quién relataba sus actos, por nimios que fueran? Nosotros no le importábamos en absoluto.

—Pero les ha nombrado herederos —intervino Marion.

—Claro, no tenía otro remedio.

—Y les acusó de haberlo asesinado —dijo Bludin.

—Estaba loco. Al menos, en lo que a mí se refiere, su fortuna me importa un rábano. Jamás le pedí un solo centavo y no iba a acelerar su muerte sólo por heredarle, cuando el dinero es algo que no me ha preocupado jamás —contestó Helen rotundamente.

Capítulo III

No era una respuesta demasiado convincente, pese al acento empleado por la desenvuelta cuarentona. Por mucho que protestase Helen, resultaba innegable que se alegraba de haber heredado un millón de dólares, libres de cargas e impuestos, pensó Bludin.

—Y usted, ¿por qué hereda veinticinco mil dólares? —preguntó Zane de repente.

Bludin se encogió de hombros.

—Eso es lo que me gustaría saber —respondió—. Jamás, al menos conscientemente, tuve la menor relación con Koldicutt.

—Digo lo mismo —exclamó Marion—. Como otros muchos, conocía el nombre de Koldicutt, pero jamás tuve la menor relación con él: ni le había visto personalmente, ni hablé con él ni siquiera tuve un empleo en alguna de sus empresas.

—Pero es innegable que él tuvo que conocerles a ustedes dos —dijo Zane.

Bludin se encogió de hombros.

—Sobre este particular, sé lo mismo que ustedes —contestó.

—¿Y usted, señora Williams? —preguntó Helen.

Fay estaba derrumbada sobre un diván.

—Fui ama de llaves del señor Koldicutt hace algunos años. Tuve que abandonar el empleo una temporada, debido a mi delicado estado de salud. Él pagó todos los gastos de clínica y demás, pero cuando me hube repuesto, ya había tomado otra ama de llaves.

Bludin estudió a la mujer mientras hablaba. Fay contaba unos cincuenta años, o quizá menos, porque, acaso, la vida había causado en ella un envejecimiento prematuro. Se veían numerosos hilos blancos en su pelo y arrugas en su cara que, ahora ajada y cansada, diez años antes debía de haber poseído un encanto singular.

Pero ahora, Fay no era sino una mujer sin espíritu, desanimada y

carente de estímulos. Bludin sospechó que las relaciones de Fay con Koldicutt, años atrás, habían sido muy distintas de las que ella manifestaba fueron.

—¿Ibbetson? —preguntó Bludin, casi mecánicamente.

—Mi padre fue cajero del señor Koldicutt —respondió el joven cegato—. Es todo lo que sé.

La mano de Helen, cubierta de anillos, más vistosos que valiosos, se apoderó del brazo de Ibbetson, con gesto claramente posesivo.

—Mi mujer era prima de Koldicutt —declaró Zane.

—¿Y usted, señorita Koldicutt?

—El apellido lo dice bien claro: hija de un difunto hermano del ya difunto Hyram —contestó Millie.

—Estamos hablando de nosotros, pero no hemos encontrado todavía la solución para el problema más acuciante. Nos hallamos aislados en una casa solitaria, con dos cadáveres en ella y un esqueleto en el foso —dijo Helen—. ¿Cómo pedir socorro?

—¿Alguno de los presentes sabe si hay armas? —dijo Bludin—. En una noche tranquila como ésta, las detonaciones se escucharían desde muy lejos. Alguien se alarmaría y, entonces, llamaría a la policía.

—Mi hermano detestaba las armas de fuego —contestó Helen.

—Pues como no peguemos fuego a la casa…

—Hay cuadros de gran valor, de las mejores firmas.

—Mi vida vale mucho más —gruñó Zane.

—Por ahora, si te estás quieto, no corres ningún peligro. Además, tenemos al señor Simmons con nosotros…

—¿Dónde está? —preguntó Bludin.

Sobrevino una pausa de silencio. La pregunta del joven quedó incontestada.

—Quizá tiene algo que ver con lo que pasa —apuntó Helen.

—Yo no recuerdo haberle visto desde que descubrimos la falta del cadáver de Koldicutt —declaró Ibbetson.

—Una cosa es casi segura: cuando el puente saltó por los aires, Simmons ya no estaba entre nosotros —dijo Marion.

—Entonces, no hay más que hablar; es cómplice de la broma —afirmó Zane.

—¿Broma? —dijo Fay desmayadamente—. ¿Llama usted broma a todo lo que está pasando?

—El nombre es lo de menos —exclamó Bludin—. Quizá Simmons se marchó sin advertirnos…

—No se oyó ningún ruido de coche —dijo Helen.

—Estaba ya aquí cuando llegamos —manifestó Lila Zane—. De modo que muy bien, sabiendo lo que iba a pasar, dejó su coche lejos del parque.

—Es probable —convino Bludin—. Propongo que lo busquemos…

—¿Por qué no tomamos antes un poco de café? —sugirió Helen —. Nos entonaría bastante, más que el alcohol. Si seguimos bebiendo así, acabaremos por emborracharnos.

—No es mala idea, señora Koldicutt.

Helen miró a Bludin de un modo singular. El joven fingió no haber captado la intención de aquella mirada. «Que se dedique a Ibbetson», pensó. En aquella situación, lo que menos tenía era ganas de un devaneo.

Marion se puso en pie.

—Yo haré el café… —De pronto, se tapó la boca con una mano —. ¡El cadáver de Elphins está todavía en la cocina! —exclamó.

—Habrá que descolgarlo —rezongó Bludin.

Esperó unos instantes, pero ninguno de los hombres se ofreció para ayudarle en tan macabra tarea.

—Está bien, lo haré yo.

Bludin abandonó la salita y se encaminó hacia la cocina. Marion le seguía de cerca.

—Pro… procuraré no mirar, pero yo le ayudaré —dijo valerosamente.

—Usted es mucho más decidida que los hombres que se han quedado en la sala —alabó él.

—No todos son iguales, Bat. ¿Le importa que le llame por el nombre de pila?

—Me encanta, Marion —sonrió Bludin.

Entró en la cocina y se desvió a un lado, para buscar un cuchillo con el que cortar la soga de la que aún pendía el cadáver. Cuando lo hubo encontrado, se volvió y dijo:

—Marion, procure no mirar.

Pero entonces se dio cuenta de que ella tenía la vista hipnóticamente fija en el ahorcado.

—¿Qué sucede? —preguntó.

Marion tendió una mano hacia el cadáver.

—No… no es Elphins… —tartamudeó.

—¿Qué? —Bludin saltó hacia delante, ya que, desde el lugar en que se hallaba, sólo podía ver las espaldas del ahorcado. Al hallarse frente al muerto, elevó la vista. Un segundo después, dejó escapar una exclamación de sorpresa.

Marion tuvo necesidad de apoyarse en la jamba de la puerta.

—No… no lo entiendo —dijo con voz débil.

Bludin apretó los labios. De pronto, salió de la cocina y echó a andar hacia la estancia en que se hallaban los otros.

—Señora Koldicutt —dijo.

Helen se volvió en el acto.

—Dígame, amigo mío —sonrió.

—Necesito que venga a la cocina.

—¿Por qué?

—Usted era hermana del difunto Hyram…

—Nunca lo he negado. A veces él, sin embargo, se avergonzaba de mí. Hubiera sido capaz de tirar hasta la primera piedra a la adúltera de la Biblia —dijo Helen mordazmente.

—No lo dudo, pero ahora necesito que identifique el cadáver que hay en la cocina.

—¿Por qué? El muerto es Elphins, todos lo hemos visto…

—Señora, parece ser que el que hay ahora en la cocina, colgado por el cuello de una soga, es su hermano. O fue su hermano, mejor dicho.

* * *

Helen abrió la boca, estupefacta. Los otros lanzaron diversas exclamaciones, con un denominador común: asombro e incredulidad al mismo tiempo.

—¡No puede ser! —dijo Helen al cabo.

Bludin le tendió una mano.

—Venga, por favor. Sea valerosa —solicitó.

Ella inspiró con fuerza.

—Fred, tú no me ayudas nada a tener valor —se quejó dirigiéndose al miope.

—Cariño, yo no me he visto jamás en estos líos… —Ibbetson se defendía casi ridículamente—. Si… siento mucho lo que pasa,

pero… ¿qué puedo hacer yo?

—Es preciso que seamos animosos —dijo Bludin—. La situación no es buena, lo reconozco, pero si perdemos el valor, aún nos sentiremos mucho peor. Lamentándolo mucho, el difunto señor Koldicutt ya no puede hacer daño a nadie.

—Ya lo hizo bastante en vida —comentó Helen mordazmente—. Vamos allá, señor Bludin.

Se volvió hacia Ibbetson.

—En cuanto a ti, caballerito, ya hablaremos —añadió, cortante.

Marion estaba en la puerta de la cocina. Al llegar junto a ella, Helen titubeó un poco y luego avanzó un par de pasos.

Bludin la contemplaba expectante. El protuberante seno de la dama se dilató ampliamente.

—Sí, es él —dijo Helen, al cabo.

—¿Su hermano?

—Sí.

—¿Hyram W. Koldicutt?

—¿Quiere que se lo dé por escrito? —exclamó Helen con voz crispada. De súbito, giró sobre sus talones y dio la espalda al ahorcado—. ¡Oh, no sé si Hyram murió de muerte natural o asesinado…, y si lo asesinaron, me gustaría estrechar la mano del hombre que lo envió al infierno!

Bludin y Marion se quedaron muy sorprendidos de aquella inesperada explosión de cólera. Al cabo de unos instantes, Helen hizo un esfuerzo por sonreír.

—Les ruego me dispensen, no he podido reprimirme —se disculpó.

—Son las circunstancias, señor…

—Llámeme Helen. No soy tan vieja y, además, detesto las ceremonias.

—Está bien, Helen. Por favor, dígame, ¿dónde le parece que podemos llevar mejor el cadáver de su hermano?

—Hay una cámara mortuoria, ¿no?

—Sí, tiene razón, pero él había decidido que lo sepultasen en el parque.

—Ese sitio está al otro lado del foso.

—Oh —murmuró el joven. De pronto tomó el cuchillo—. Salgan un momento, por favor; lo que va a pasar aquí no resultará

agradable.

Las dos mujeres abandonaron la cocina. Bludin trepó a una silla y cortó la soga.

El muerto cayó con sordo choque. En el vestíbulo, el carillón de un gran reloj empezó a sonar musicalmente.

Bludin contó hasta diez campanadas. Luego, mientras alzaba a pulso el nada liviano cuerpo de Koldicutt, pensó que iba a ser una noche muy larga.

* * *

—De modo que en la casa no hay armas —dijo Bludin.

—No; puedo asegurarlo —contestó Helen.

—Eso se contradice con la escopeta que mató a Peggy Lorenz.

—Quizá, para una ocasión así, mi hermano juzgó necesario emplear una escopeta.

—Una actitud un tanto incongruente, ¿no le parece?

El muerto había vuelto de nuevo al ataúd y Marion había preparado café. Después de tomar un par de tazas, Bludin se dirigió hacia la puerta.

Marion le siguió.

—¿Adónde va? —preguntó.

—Quiero ver si encuentro un arma de fuego. El hombre que vive en una residencia campestre, aislada, suele tener una pistola o una escopeta, para defenderse de posibles merodeadores. No resulta congruente vivir en el campo y no tener un arma, ¿comprende?

—Sí, parece lógico, aunque Helen dijo que su hermano las detestaba…

—Entonces, ¿por qué preparó la trampa de la escopeta?

Ya habían llegado a la puerta del gran salón comedor. Marion puso una mano en el antebrazo del joven.

—¿Sí? —dijo él, volviéndose hacia Marion.

—Tenga cuidado, puede haber más trampas —avisó la chica.

—Tranquilícese, seré cuidadoso.

Entraron en el salón. Marion se estremeció al ver el bulto cubierto por una manta. Algunos hilos de sangre salían por debajo y el color rojo empezaba ya a oscurecer.

Bludin se acercó al cajón donde había estado la trampa y se

inclinó para examinarla con más detenimiento. Al cabo de unos instantes metió la mano, forcejeó un poco y acabó sacando el arma homicida.

Los cañones habían sido recortados extraordinariamente, de modo que su longitud era apenas mayor que la de los cartuchos. La culata había sido igualmente cortada a ras de la recámara. En el fondo del cajón había un par de piezas salientes, que habían accionado los gatillos cuando una mano tiró del mismo hacia fuera.

Los restantes cajones permanecían cerrados. Aquel arma, aunque mutilada, podía servir en caso necesario. Lo interesante era encontrar algunos cartuchos.

—A saber dónde estarán —dijo, meditabundo.

—Podemos buscar —sugirió ella, comprendiendo las intenciones del joven.

Y alargó la mano hacia el tirador de un cajón, pero Bludin contuvo su gesto.

—Cuidado —dijo—. Vamos a abrir todos los cajones, pero de modo que no nos suceda nada si hay alguna trampa.

—¿Con qué, Bat?

—Una cuerda servirá. El cordón de una cortina, por ejemplo. Lo ataremos y ataremos sucesivamente y así podremos examinar los cajones sin peligro.

La idea era sensata. Bludin fue a la cocina, buscó unas tijeras y cortó el cordón de una cortina. Después de atarlo al primer tirador, hizo que pasara por la pata de una mesa. Así podía tirar, estando situado lateralmente con respecto al cajón.

No hubo más disparos. Marion respiró aliviada.

Pero, después de un largo rato de exploración, tuvieron que darse por vencidos: en aquella estancia, al menos, no había ningún cartucho de escopeta ni de ningún otra arma.

—Tendremos que seguir buscando por el resto de la casa.

Era Marion la que había hablado. Bludin no contestó.

Ella le observó atentamente; estaba muy pensativo.

—¿Sucede algo? —preguntó.

—Pues… sí, sucede que hay dos cosas que me gustaría aclarar —respondió él—. ¿Sabemos si es cierto que el abogado se marchó?

—Podemos comprobarlo; los coches están en el *parking* de la parte trasera de la casa. ¿Cuál es la otra cosa en que pensaba, Bat?

—Elphins. En el primer momento creímos que era él, pero luego resultó que era una broma macabra. ¿Dónde está? ¿Ha muerto? Y si se esconde, ¿por qué lo hace?

—Bat, vayamos primero a ver si está el coche del abogado —propuso Marion sensatamente.

—El caso es que yo no lo conozco…

—Haremos que cada uno de los presentes identifique el suyo. Helen, además, debe de conocer los de su difunto hermano.

—Es una buena idea —sonrió Bludin.

Capítulo IV

—No veo la razón por la cual hemos de salir de la casa —rezongó Ibbetson.

—El techo se te va a caer encima, tonto —dijo Helen burlonamente.

—Estoy dispuesto a colaborar con usted, señor Bludin —aseguró Zane con acento de gran amabilidad.

—Yo vine en un taxi —declaró Fay.

—Ese cegato y yo vinimos en el mismo coche —dijo Helen—. Naturalmente, conducía yo.

Millie lanzó una risita.

—En algunos casos, la miopía resulta conveniente —observó con ironía.

—¿Lo dices por mí, rubia de laboratorio? —preguntó Helen, agresiva.

—Por favor, dejémonos de piques personales —rogó Bludin—. ¿Quieren seguirme?

Helen se volvió hacia Ibbetson.

—Tú puedes quedarte aquí, héroe —dijo.

Bludin inició la marcha. Seguido de los demás, atravesó la casa y, por la cocina, salió al patio exterior.

Había allí un gran garaje, con las puertas abiertas y, además, un cobertizo sostenido por varios postes, debajo del cual había unos cuantos automóviles.

Bludin encendió las luces del garaje. Uno de los coches era un «Rolls-Royce». El otro era de una marca corriente.

—Sí —dijo Helen—, son los de mi hermano. Y ése es el mío —señaló hacia uno de los automóviles con la mano izquierda.

—El mío —dijo Zane.

Millie tocó el suyo. Marion hizo lo propio.

—Quedan dos —dijo—. El mío y…

—Es el de Peggy. Ella trajo a Billy Torrance —declaró Helen—. Yo los vi llegar.

—Entonces, falta el de Simmons.

—No, está aquí…, pero él ha desaparecido.

—Para que te fíes de los abogados. Tan honesto y tan justo como parecía… y ha tomado parte en esta comedia —dijo Millie, despechada.

—¿Comedia? ¿Con tres muertes? —murmuró Marion.

—Quizá alguna más —intervino Bludin.

Todos se volvieron a mirarle.

—¿A quién se refiere? —preguntó Zane.

—Elphins. No hemos vuelto a saber de él, desde que sirvió las bebidas cuando Simmons estaba leyendo el testamento.

—Podemos ver si se encuentra en el piso alto. Allí es donde duerme la servidumbre —dijo Helen—. Quizá Simmons ande por allá arriba.

—Subiré al piso alto —declaró Bludin.

—Le acompañaré, Bat —se ofreció la cuarentona.

—Yo iré con usted también —dijo Marion.

Millie y Zane dijeron que se volvían a la casa. Helen guió a la pareja hasta el piso alto. Entraron sucesivamente en todas las habitaciones de los sirvientes, pero no encontraron al mayordomo.

Bludin registró muy especialmente la habitación de Elphins. Buscaba un arma de fuego; quizá Elphins la tenía, cuidando de ocultarla a los ojos de Koldicutt. Pero sus esperanzas resultaron vanas.

—En resumen, Elphins se ha evaporado —dijo Helen, con las manos en sus opulentas caderas.

—Hay más habitaciones en la casa, ¿no? —observo Marion.

Estaban en el ático. Debajo se hallaba el piso principal y luego venía la planta baja, en donde no había más que un dormitorio, que pertenecía a la cocinera y que igualmente se hallaba vacío.

Regresaron a la sala.

—El registro, sin embargo, ha sido muy ligero —comentó Bludin.

—¿Usted cree? —dijo Marion.

Bludin movió la cabeza.

—Lo único que hemos podido ver es que ni Elphins ni Simmons

están en la casa. Pero tengo interés en hacer un registro más a fondo —contestó.

—¿Armas?

—Y pistas.

—Creo que comprendo —dijo ella.

—Lo celebro —dijo Bludin.

De pronto, cuando asomaban al vestíbulo, Bludin se detuvo.

—¿Qué pasa? —preguntó la muchacha.

Los ojos de Bludin estaban fijos en la cámara mortuoria, cuya puerta se hallaba casi cerrada, aunque quedaba una rendija que permitía ver parte de lo que había en su interior.

Ahora, sin embargo, no se podía ver nada.

La cámara mortuoria estaba a oscuras. Bludin se acercó a la puerta, la abrió de par en par y lanzó un vistazo al interior de la estancia.

El olor a cera quemada persistía aún, pero muy débil. A Marion le extrañó ver también los cirios apagados.

Bludin cerró nuevamente. Miró a ambos lados de la cerradura; no había llave. Muy pensativo, regresó a la sala.

—Por favor —dijo—, ¿alguno de los presentes ha apagado los cirios que había en torno al ataúd?

Varios rostros se volvieron para mirarle con sorpresa.

—¿Están apagados? —preguntó Helen.

—Tal vez alguna corriente de aire… —sugirió Fay.

—Las ventanas estaban cerradas. Los cirios, por otra parte, están a cuatro o cinco metros de la puerta, ya que la cámara es muy grande.

—Pues yo no he apagado los cirios —dijo Helen.

—Ni yo —añadió Millie.

Ibbetson llegó en aquel momento con un par de bocadillos en las manos.

—¿De qué se habla? —preguntó, con la boca llena.

—¿Ha apagado usted los cirios?

—No. Helen, te he traído un bocadillo.

—Estoy a régimen —contestó destempladamente la aludida.

—¿Zane? —dijo Bludin.

—No —respondió el hombre con sequedad.

—Puesto que no hemos sido ninguno de los presentes, ya sólo

falta la señora Zane.

—Escuche, ¿qué importancia tiene que los cirios estén o no apagados? —dijo Zane, casi a gritos.

—No se enoje, amigo; sólo se trata de una pregunta sin importancia —manifestó Bludin, conciliador.

—La señora Zane está en la cocina —intervino Ibbetson—. ¡Anda, que menudo banquete se está atizando! Había allí una enorme tarta y ya se ha zampado la mitad…

—¡Fred! ¿Qué lenguaje es ése? —le reprochó Helen.

En el mismo instante, Zane lanzó un agudo chillido:

—¡Lila!

—¿Qué le pasa, hombre? —preguntó Millie.

—¡Lila! ¡No debía haber probado el pastel…!

Como loco, Zane arrancó hacia la puerta, pero, casi en el mismo instante, apareció su esposa, con una intensa expresión de sufrimiento en su rostro.

—¡Oh, Robert, qué mal me siento! —gimió.

Zane la agarró por ambos brazos.

—¿Por qué tuviste que ir a la cocina? —gritó—. ¿Es que no podías apartarte de tu funesta manía de comer dulce a todas horas?

Bludin oyó aquellas palabras y sintió que se le ponían los pelos de punta. Millie se volvió de espaldas a la señora Zane, a la vez que se tapaba los ojos con las manos.

—Yo también vi la tarta en el frigorífico… y sentí la tentación de comerme un buen trozo…, pero pensé en mi línea…

Helen tenía la boca abierta. En cuanto a Ibbetson, se había olvidado de los bocadillos que tenía en las manos.

Bludin reaccionó vivamente.

—Vamos, llevemos a esta mujer a la cocina. Allí hay gomas; como sea, le haremos un lavado de estómago…

Pero no tuvo tiempo de terminar su frase; en el mismo instante, los dos esposos rodaron por tierra. Zane no había tenido fuerzas suficientes para sostener a su mujer y ella le había arrastrado en la caída.

Bludin se inclinó sobre ellos para socorrerlos. De pronto, Lila lanzó un sonoro eructo, aunque era ya algo independiente de su voluntad.

Un olor amargo y dulce al mismo tiempo llegó a la nariz de

Bludin. El joven se puso pálido.

—Cianuro —murmuró.

Una baba espesa fluía de los labios de Lila, cuyos ojos estaban completamente en blanco. Todavía respiraba espasmódicamente, aunque a los pocos minutos, su cuerpo adquirió la definitiva inmovilidad de la muerte.

* * *

Los restos de la tarta estaban sobre la mesa. Bludin buscó una cucharilla, tomó un pequeño fragmento y se lo llevó a la boca.

—¡Cuidado, no haga eso! —gritó Marion desde la puerta.

Bludin extendió una mano.

—No se preocupe. —Lamió un poco el trozo de tarta y meneó la cabeza—. El veneno no está en la parte de bizcocho, nata y chocolate —dijo a continuación, a la vez que se llevaba a la nariz la bandeja con la media tarta—. Venga, Marion, huela.

Ella se acercó aprensivamente. Bludin señaló una de las cerezas de adorno, que componían una corona doble en torno a la tarta.

—Ahí está el cianuro, en las cerezas —señaló.

Marion le contempló asombrada.

—Pero ¿cómo esa pobre mujer…?

—Ya ha oído a su esposo, era terriblemente aficionada a los dulces. Comer mucho, en según qué ocasiones, es un modo como otro cualquiera de calmar los nervios.

—Sí, entiendo.

—Bueno, Lila vino aquí, como Ibbetson, y vio la tarta en el frigorífico. Recuerde lo que dijo el miope; se estaba dando un banquete. Con toda seguridad, comió vorazmente, dominada tanto por los nervios como por la gula. Cuando quiso darse cuenta del veneno, si es que lo advirtió, ya era tarde.

Marion se inclinó de nuevo sobre la tarta.

—El olor del cianuro es claramente perceptible —dijo.

—Pero ella no lo captó, tanto por la avidez que la dominaba porque, al salir la tarta del frigorífico, la baja temperatura había impedido que el olor resaltara demasiado.

—Entonces, Koldicutt tenía razón —murmuró ella.

—Si no abandonaban sus costumbres… Peggy era una urraca

ladrona. Torrance el hombre atlético, pagado de su musculatura y amigo de ostentar su físico y sus fuerzas a la menor ocasión. Lila, una glotona… ¿Cuáles son los defectos más acusados de los otros?

Marion se mordió los labios.

—Bat, ¿se ha preguntado usted alguna vez por qué Koldicutt le mencionaba en el testamento?

—A cada momento me lo estoy preguntando. Pero, francamente, no entiendo los motivos de esa mención. Jamás me relacioné con él, ni de cerca ni de lejos…, aunque sí confieso que me sentí halagado cuando recibí la carta de Simmons.

—Lo mismo me pasó a mí —dijo la muchacha—. Me resulta absolutamente incomprensible la actitud de Koldicutt.

Bludin sacó cigarrillos y le ofreció uno. Ella aceptó.

Después de la primera bocanada de humo, Marion dijo:

—Bat, me gustaría hacerle una pregunta. Si es indiscreta…

—Hágala —sonrió él.

—¿A qué se dedica usted?

—Delineante. Y estoy pagándome los estudios de arquitectura, claro que la obtención del título va para largo. El trabajo es mucho, aunque bastante bien remunerado. Esos veinticinco mil dólares me hubieran venido muy bien para estar un par de años sin hacer otra cosa que estudiar.

—Yo estoy empleada —declaró Marion—. Ya sabe, un pisito compartido con otra chica, trabajo de nueve a cinco de la tarde…; rutina, pura rutina, aunque también es cierto que el sueldo es bastante bueno.

—Cuando sea arquitecto, la llamaré para que trabaje conmigo como secretaria.

—Será famoso —pronosticó Marion, sonriendo—. ¿Tiene en mente algún proyecto especial?

Helen apareció de pronto en la puerta de la cocina e impidió que Bludin contestara a la pregunta que acababa de serle formulada.

—Oh, dispensen…

—No se preocupe, Helen —dijo el joven—. ¿Buscaba algo?

—De comer, nada. Más café, en todo caso.

—Pondré agua al fuego —se ofreció Marion.

Los ojos de Helen se fijaron en la tarta.

—Lila tenía que morir así —murmuró.

—No se pudo aguantar, por lo visto.

—Era un caso. Nunca he visto a una mujer que le gustasen más los dulces.

—Su hermano sabía bien lo que hacía cuando envenenó la tarta, Helen —dijo Bludin.

—¿Lo hizo él?

—¿Quién, si no?

Helen presionó la tarta con la yema del índice.

—Es reciente, no tiene más de un día —dijo—. Hyram murió anoche, apenas hace veinticuatro horas, así que no creo que fuese él quien la hizo. Aunque sí pudo encargarla.

—Y luego poner por sí mismo las cerezas envenenadas.

—Ah, el veneno está en las cerezas.

—Sí.

Helen sonrió.

—Será cosa de no mostrar el defecto principal —dijo la cuarentona—. Resultará fatal, pero, claro, no les voy a decir cuál es mi defecto.

Bludin la miró de pies a cabeza. Ella sostuvo provocativamente la mirada del joven.

«Ya sé cuál es tu defecto», pensó él.

—¿Qué hace Zane? —preguntó Bludin, desviando intencionadamente la conversación.

—Está arriba, velando el cadáver de su esposa. Ha sufrido un durísimo golpe.

—¿Lo conocía usted?

—Sí, aunque superficialmente. Es ingeniero electricista.

—Ah —dijo Bludin.

—Trabajaba en una de las fábricas de mi hermano. Hyram lo despidió. —Helen hizo un signo muy gráfico con los dedos—. Se le pegaba el material.

—Vamos, no irá a decirme que Zane se llevaba rollitos de cable conductor…

—En camiones. Y muchas otras clases de materiales.

—En tal caso, tenía el mismo defecto que Peggy.

—Bueno, las cosas son un poco distintas. Peggy rapiñaba objetos de poco valor, relativamente. Pero Zane o hacía a camionadas.

—Ya entiendo —sonrió Bludin.

—El café está hecho —anunció Marion de pronto.

Capítulo V

Helen vaciló, con las pinzas que sostenían el terrón de azúcar en el aire.

—¿Y si está envenenado? —dijo, súbitamente aprensiva.

—No hay veneno más que en las cerezas —declaró Marion—. Y, por otra parte, usted ya ha tomado azúcar antes. Éste es de la misma caja, Helen.

—Está bien. —La cuarentona sonrió—. Correré el riesgo.

Removió el azúcar en la taza y tomó un sorbo.

—¿Piensa hacer algo, Bat? —preguntó.

—Seguir buscando —contestó Bludin.

—No hemos encontrado nada —le recordó Helen.

—Ha sido un registro muy superficial. Tenemos toda la noche de tiempo.

—Sí, es cierto. —Helen lanzó una risita—. El café estaba muy bueno, Marion; muchas gracias.

—No hay de qué —respondió la joven.

Helen se marchó. Bludin y Marion quedaron nuevamente a solas.

—¿Empezamos a buscar? —propuso ella.

—Sí, aguarde. Antes me pareció ver…

Bludin abrió una alacena y sacó una gran lámpara eléctrica.

—Nos conviene —dijo.

—¿Por dónde empezamos, Bat?

—Arriba, el ático.

Salieron de la cocina. Sonaban voces en la salita. De pronto, al girar para acometer la escalera, Marion se quedó inmóvil, con la vista fija en un punto determinado.

—¿Qué pasa? —preguntó Bludin.

La mano de la muchacha se tendió.

—Allí, mire —dijo.

Bludin volvió la cabeza. Una exclamación de sorpresa brotó de sus labios en el acto.

Un instante después, atravesaba el amplio vestíbulo a todo correr. Empujo la puerta de la cámara mortuoria y contempló los seis cirios encendidos.

Su carrera provocó ruido. Ibbetson se asomó.

—¿Qué sucede? —gritó.

—¿Ha encendido usted los cirios? —preguntó Marion.

—¿Yo? ¡Dios me libre…!

Helen asomó también la cabeza.

—¿Están encendidos los cirios? —se asombró.

—Sí.

—Yo no he sido, lo juro.

Bludin salió de la cámara mortuoria y tocó la puerta con la mano.

—La cerré, estoy seguro —declaró—. Precisamente, cuando vi los cirios apagados, miré de encontrar una llave, pero no hay. Sin embargo, la puerta quedó cerrada, aunque, lógicamente, sólo con el pestillo.

—Ninguno de nosotros hemos sido —insistió Helen.

—Yo no me he movido de la sala en todo el tiempo —declaró Fay, junto a la puerta, pero detrás de la pareja.

Bludin meneó la cabeza.

—Aparte de los muertos y de nosotros mismos, hay alguien más en esta casa y se está burlando de nosotros —dijo.

—Nos está matando uno a uno —exclamó Fay.

Bludin asintió.

—Lo mejor será que sigan donde están —propuso—. Marion y yo vamos a explorar la casa.

—A ver si encuentran al bromista —deseó Helen.

No, no era una broma, murmuró Bludin para sí, mientras ascendía hacia el piso superior. Al llegar al corredor, vio una luz que salía por una puerta entreabierta.

Se acercó a la puerta. Lila Zane, la glotona, yacía sobre una cama, cubierta con una sábana y con las manos cruzadas sobre el pecho. Su esposo estaba al lado, sentado en una silla y con la cabeza hundida en las manos.

Bludin se sintió tentado de decirle algo, pero pensó que las

palabras sobraban en aquellas circunstancias. Giró sobre sus talones y caminó hacia el siguiente tramo de escalera, en cuyo arranque le aguardaba ya la muchacha.

—Es Zane —dijo él a media voz—. Está velando a su esposa.

Marion hizo un gesto de simpatía. Luego reanudó la ascensión.

Empezaron a registrar las habitaciones de nuevo, buscando con cuidado en todos los cajones. Bludin no se olvidaba en modo alguno de cartuchos para la escopeta.

Pero el registro, como la vez anterior, resultó infructuoso. Al terminar, cansados, Bludin sacó cigarrillos.

—Es cuestión de paciencia —dijo—. No tenemos otro remedio que aguardar a que pase la noche.

—¿Qué hará cuando llegue el día?

—Quizá pueda derribar un árbol y situarlo como puente —respondió él—. En alguna parte debe de haber herramientas: un hacha, alguna sierra… En estas residencias siempre hay objetos semejantes.

Marion se estremeció.

—Se necesita tener una mente retorcida para llenar el arroyo de pirañas —dijo.

—Además de bastante dinero —sonrió él.

—Eso es indudable. —De pronto, la muchacha se detuvo y le miró—. Bat, ¿cuál es el defecto principal de los otros herederos?

—¿Se refiere usted a los que quedan?

—Sí.

—No puedo decir nada, es la primera vez que les he visto y no tengo elementos de juicio suficientes para afirmar una cosa u otra. Realmente, no soy buen psicólogo —se disculpó Bludin con una sonrisa.

Marion parecía muy pensativa.

—Yo estoy tratando de averiguarlo —manifestó—. Pero también me he dado cuenta de que la voluntad del difunto respecto al entierro no se ha podido cumplir.

—Los acontecimientos se han precipitado.

—Es cierto, aunque quizá Koldicutt contaba que las cosas se produjeran tal como vienen sucediéndose. Pero ¿por qué esa venganza, absurda y estúpida?

—Koldicutt acusó a sus parientes de haberle asesinado.

—Pero la muerte fue por enfermedad, todo lo rápida que se quiera, pero enfermedad al fin y al cabo.

—Estamos discutiendo sobre algo que no está suficientemente claro. ¿No le parece que será mejor que nos dejemos por el momento de quebraderos de cabeza?

—Sí, será lo mejor —suspiró la muchacha.

—De todos modos, hay un sitio donde no hemos buscado a conciencia —dijo Bludin.

—¿En dónde, Bat?

—El salón principal. Hay una gran estantería con muchos libros. Podemos mirar el espacio que hay detrás de éstos…

—Sí, es buena idea. Vamos allá.

Descendieron sin prisas. Cuando llegaban al primer piso, Zane salió de la habitación donde estaba el cadáver de su mujer.

Los ojos del individuo brillaban de un modo extraño.

—Ya he encontrado el medio de salir de aquí —manifestó.

—Interesante —comentó Bludin.

—No podemos seguir ni un minuto más en esta situación. En cuanto haya llevado mi plan a la práctica, podremos salir de esta maldita casa sin peligro alguno, a fin de avisar a la policía.

—Está muy bien, señor Zane, pero ¿en qué consiste ese plan?

—Les avisaré cuando tenga todo listo.

El hombre echó a correr hacia la escalera y desapareció de la vista de los dos jóvenes. Bludin y la muchacha cambiaron una mirada.

—¿Será verdad? —murmuró ella.

—Puede —contestó Bludin—. A fin de cuentas, no podemos olvidar que es ingeniero.

—Sí, tiene razón.

Continuaron su camino. Cuando llegaban a la planta baja, oyeron en el exterior un agudo chillido.

—¡Aquí, está aquí!

Bludin giró hacia su izquierda y se lanzó hacia la puerta posterior, con la linterna en la mano. Marion le seguía a corta distancia.

Segundos más tarde, se hallaban en la explanada posterior. Zane, con mano convulsa, señalaba hacia el interior del garaje, que aparecía brillantemente iluminado.

Bludin se acercó a aquel lugar. Un estremecimiento de horror recorrió su cuerpo al ver al hombre situado en la pared del fondo, entre los dos automóviles allí estacionados.

El abogado estaba en pie, con la cabeza doblada sobre el pecho y los brazos caídos a lo largo del costado. Algo le sostenía erguido, a pesar de la enorme cantidad de sangre que había perdido por el amplio boquete que algún arma había abierto en su pecho.

En el primer instante, Bludin llegó a creer que Simmons estaba clavado a la pared. Un examen más atento le permitió encontrar el grueso clavo del que colgaba en parte, suspendido por el cuello de la chaqueta.

En cuanto al arma homicida, que no aparecía a la vista, dedujo debía de tratarse de un puñal o cuchillo de grandes dimensiones. Como fuera, la muerte se había producido instantáneamente o, al menos, en pocos minutos.

* * *

—¿Dónde estaba Simmons? —preguntó Ibbetson.

—Muchacho, mejor convendría saber dónde se había escondido hasta ahora —dijo Helen.

—No creo que eso importe demasiado —declaró Millie, despectiva—. A fin de cuentas, Simmons era cómplice de ese granuja de Koldicutt.

—¿Koldicutt o Elphins? —dijo Fay Williams.

—El mayordomo del diablo —rezongó Helen—. ¿Dónde se habrá metido?

—A mí no me importa dónde pueda estar ese maldito Elphins —dijo Zane agriamente—. Yo he ideado un plan para salir de esta casa y no tardaré en ponerlo en práctica.

—¿Perderá los cuatrocientos mil de la herencia? —preguntó Millie.

Zane se encogió de hombros.

—Ya he perdido algo más valioso —contestó.

—Me siento irresoluto —dijo Bludin.

—¿Por qué? —preguntó Marion.

—Ese pobre Simmons… Dejarlo ahí, colgado por el cuello de la chaqueta, como si fuese un traje viejo…

—Es mejor, Bat; así la policía no tendrá nada que reprocharnos.

Bludin asintió. Los demás se habían retirado ya, haciendo diversos comentarios sobre lo que había ocurrido.

Ajeno a lo que sucedía a su alrededor, Zane ejecutaba cierto trabajo con manos afanosas. Bludin se dio cuenta de su expresión concentrada y prefirió no molestarle con preguntas que acaso no habrían tenido la respuesta deseada.

Regresaron a la casa. Bludin manifestó que se sentía muy preocupado por algo en lo que no habían parado hasta entonces suficiente atención.

—¿Qué es, Bat? —preguntó la muchacha.

—Cierto párrafo del testamento, en el que el difunto aseguraba había sido asesinado por sus herederos. ¿Cómo podríamos saber qué hay de verdad en este asunto?

—¿Y por qué no les preguntamos a ellos directamente?

—¿Querrán contestar?

—Al menos, deberíamos intentarlo.

—Sí, tiene razón. Pero hemos de hacerlo uno por uno, sin que los demás estén presentes.

—¿Por quién piensa empezar?

—¿Qué le parece Millie?

—Está bien. Marion, llámela usted aquí al vestíbulo. Es sobradamente ancho para poder hablar con ella, sin que los otros oigan nuestra conversación.

—Conforme, Bat.

Marion cruzó el vestíbulo y se acercó a la sala donde estaban los demás. Asomó la cabeza y llamó:

—Millie, ¿quiere salir un momento, por favor?

La rubia se hizo visible a los pocos momentos.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Bat…, el señor Bludin quiere hablar con usted.

—Está bien —contestó Millie con displicencia.

Bludin le ofreció un cigarrillo que ella aceptó con gesto reticente.

—¿De qué se trata, Bat? —preguntó.

El joven estudió unos momentos a la hermosa mujer que tenía frente a sí. Estaba equivocado, pensó; Millie era algo mayor de lo que aparentaba. Cualquier observador superficial habría calculado

su edad en veintiséis o veintisiete años. Ahora, viéndola más de cerca, se apreciaba muy bien una edad comprendida entre los treinta y los treinta y cinco años.

Y se explicaba, pensó, puesto que Millie era hija del hermano mayor de Koldicutt, muerto ya algún tiempo antes.

—Su tío ha muerto…

—Noticia fresca. El cadáver ya apesta —contestó Millie cínicamente.

—Lo sé, pero Marion y yo hemos recordado cierto pasaje del testamento.

—No sé nada…

—Koldicutt les acusó de haberle asesinado. ¿Qué puede decirnos usted al respecto?

—¿Son ustedes policías?

Bludin se volvió hacia Marion.

—Esperaba algo por el estilo —manifestó.

—No, no somos policías —dijo Marion—. Pero si se considera inocente de la muerte de su tío, ¿por qué tiene temor a hablar?

Millie exhaló una burlona carcajada.

—¿Miedo yo? ¿Por qué? Soy inocente, no he tenido nada que ver con la muerte de ese buitre. Si todo lo que tenían que decirme era esto, ya conocen mi respuesta —concluyó.

—Muy bien —dijo Bludin—. Demos por sentado que es usted inocente. Pero ¿qué nos dice de los demás?

—Sí, tengo algo que decirles —contestó Millie—. Todos los que acudimos anoche a esta maldita casa, vivíamos separados los unos de los otros y, aunque nos conocíamos, como es lógico, nuestras vidas no tenían nada en común. Todos éramos parientes de Koldicutt, es cierto, pero nada más. Nunca nos invitábamos a un fin de semana, a una velada de teatro o a una cena. Una postal por Navidad y, si acaso, algún cumpleaños, y eso era todo. ¿Enterados?

Bludin sonrió.

—No hay nada más que decir, Millie —repuso—. Gracias por su colaboración, de todos modos.

Millie dirigió una mirada burlona a la pareja. De repente, se oyó un sordo golpe.

La rubia dejó de sonreír en el acto. Bludin y Marion volvieron la vista hacia el lugar donde se había oído el ruido, que se repitió

instantes después.

Millie palideció horriblemente.

—Es en la cámara mortuoria —exclamó.

Los golpes se repetían con cierto ritmo. Helen y los otros dos salieron de la habitación en que se hallaban, atraídos por el ruido.

A Bludin le parecieron los golpes que una persona podría dar con las manos en la tapa de un ataúd, en el cual hubiera sido encerrada viva.

—¡Koldicutt! —gimió Ibbetson—. ¡Ha resucitado!

Capítulo VI

La serie de golpes culminó con un fuerte estallido. Todos los presentes permanecían en el vestíbulo inmóviles, petrificados por el terror, con los ojos fijos en la puerta de la cámara mortuoria.

De pronto se oyeron unos pasos lentos, pesados. La puerta empezó a girar.

Para Millie fue demasiado. Lanzó un hondo suspiro, dobló las rodillas y cayó desmayada, sin que nadie se fijara en ella.

Una mano apareció en el borde de la puerta que giraba. Luego salió una pierna y, finalmente, se hizo visible todo el cuerpo.

De repente, un grito brotó de todas las gargantas:

—¡Elphins!

El mayordomo apareció en el vestíbulo, muy serio, pero también extrañado de ver el pequeño grupo de personas que le contemplaban desde el otro lado.

—Señores —dijo, a la vez que se inclinaba.

Bludin avanzó hacia él.

—Elphins, ¿de dónde demonios sale? —exclamó.

—Ruego a todos me perdonen —dijo el mayordomo—. Fue un accidente estúpido y… Bien, creo que no tengo disculpa por lo ocurrido…

—¿Por qué no lo cuentas de una vez, Elph? —preguntó Helen vivamente.

—Señorita, yo… Lo siento tantísimo… Estuve limpiando un poco el armario que hay en esa habitación y la puerta se cerró inopinadamente. No tiene tirador por dentro y es de una construcción muy robusta. Quise llamar, pero nadie me escuchaba. Luego, cansado, me senté un poco en el fondo del armario… Lo siento, me quedé dormido.

—Y ha salido ahora —dijo Bludin.

—En efecto, señor, así ha sido.

Bludin avanzó hacia el cuarto fúnebre y abrió la puerta. Al fondo, se divisaba un gran armario, que ocupaba toda la pared.

Una de las puertas aparecía abierta y con la cerradura astillada. La explicación del mayordomo parecía lógica.

Pero quizá, pensó, alguien había cerrado aquella puerta deliberadamente. ¿Cuál de los presentes había sido?, se preguntó.

—Elphins, mientras usted estaba en el armario han ocurrido cosas muy graves —dijo.

—¿Señor?

—Ha muerto la señorita Lorenz. La señora Zane y el señor Torrance han muerto también. El abogado está en el garaje, apuñalado…

—¡Qué horror! —se espantó el mayordomo.

—Bat, pregúntele quién hizo la tarta que casi se comió Lila —dijo Helen.

—Estaba envenenada —añadió Bludin, con los ojos fijos en el pétreo rostro del mayordomo.

—Horrible, horrible —murmuró Elphins—. Aunque el señor ya profetizó que se producirían algunas muertes, lo cierto es que yo no le hice caso.

—¿Cómo? ¿Quiere decir que ya sabía lo que iba a pasar?

—El señor no me ha entendido bien. Lo que trato de hacerle ver es que el difunto señor Koldicutt dijo en alguna ocasión que, después de muerto él, se producirían varias muertes. Pero lo tomé como alguna de sus excentricidades. Con todos los respetos, en ocasiones resultaba un tanto excéntrico.

—Demasiado —gruñó Helen.

Elphins se inclinó.

—La señorita, como hermana del difunto señor, debía de conocerle mejor que yo —dijo.

—¿Sabía usted que el puente ha volado y que no podemos pasar al otro lado, debido a esos pececitos que hay en el arroyo? —preguntó Bludin.

—Ignoraba lo del puente, señor —respondió Elphins—. En cuanto a las pirañas…; bien…, fueron un capricho del difunto señor Koldicutt.

—Han devorado ya a una persona —terció Marion.

—Horrible —murmuró el mayordomo.

—Está bien —dijo Helen—. Elph, creo que sería conveniente que preparases café en abundancia, relevando de ese trabajo a la señorita Ford.

—Bien, señorita Helen.

Elphins se fue hacia la cocina. Millie, sentada en el suelo todavía, dijo:

—Creí que el muerto resucitaba…

—Está bien muerto, no te preocupes —dijo Helen sarcásticamente.

Bludin miró a la muchacha. Marion asintió. Mientras los otros regresaban a la sala, ellos se encaminaron hacia la cocina.

—Elphins… —dijo Bludin.

El mayordomo se volvió.

—¿Señor?

—La señorita y yo queremos hablar con usted. Puede contestar a nuestras preguntas mientras hace el café.

—Sí, señor. Estoy a la disposición de ustedes dos…

—¿De qué murió el difunto señor Koldicutt?

—Ataque cardíaco, señor.

—¿Quién lo certificó? —terció Marion.

—El doctor Ralston, señorita. Era su médico de cabecera.

—¿Fue muy rápido?

—En cierto modo…

—¿Cómo? Explíquese, por favor.

—El señor sufrió un ataque cardiaco hace dos días, muy ligero. Pero ayer por la noche, sufrió el ataque definitivo.

—¿Estuvo todo este tiempo en la casa? —preguntó Bludin.

—Sí, señor.

—Y no salió.

—Salvo al jardín, no se movió de la casa, no, señor.

—¿Quién le visitó estos días?

Elphins demoró la respuesta algunos segundos. Bludin no dejó de observar la vacilación del mayordomo.

—Vamos, conteste —dijo.

—El señor recibió a varias visitas —declaró Elphins, al cabo.

—Diga sus nombres —pidió Marion.

—La señorita Helen… con el señor Ibbetson; el señor y la señora Zane, la señora Williams…

—¿Fay, su antigua ama de llaves?
—Sí, señor.
—¿A qué vinieron?
—Lo siento, señor.
—No lo sabe —dijo Bludin.
—O no quiere decirlo —añadió Marion.
—Lo ignoro —respondió Elphins—. Si trataron de algo importante, no lo hicieron en mi presencia.
—¿Vinieron también las señoritas Lorenz y Koldicutt?
—Sí, señor. Me extrañó muchísimo que todos sus parientes vinieran a visitarle. No era cosa que sucediera con frecuencia.
—¿Le pidieron dinero?
—No lo sé, señor.
—Elphins, hable claro y sin rodeos. ¿Cuál de ellos asesinó al señor Koldicutt?
El rostro del mayordomo se contrajo súbitamente.
—No creo que eso haya podido ocurrir —respondió—. Con su permiso, el agua está a punto de hervir…
Bludin y Marion cambiaron una mirada.
Ella asintió. Elphins sabía mucho más de lo que estaba dispuesto a declarar.
Bludin hizo un gesto disimulado a la muchacha, para emprender la retirada acto seguido.
—Gracias por todo, Elphins —se despidió.
—A su disposición, señor.
Los dos jóvenes salieron fuera de la cocina.
—Ha mentido —susurró ella.
—En gran parte, sí.
—¿Por qué, Bat?
—Ah, si lo supiéramos… Pero no me extrañaría nada que Elphins fuese, en cierto modo, ejecutor de la última voluntad de su amo.
—¿Cómo? ¿Piensa que puede ser el asesino? ¡Pero ha estado todo el tiempo encerrado en el armario!
—Eso es lo que él dice, Marion.
Ella se mordió los labios.
—Posiblemente tenga usted razón —dijo—. Elphins anduvo por ahí, hasta que le convino y entonces simuló ese encierro, que no

tiene demasiada lógica, a decir verdad.

—De todos modos, hay algo muy difícil de descubrir.

—¿Qué es, Bat?

—La muerte de Koldicutt. ¿Fue crimen o, simplemente, se le paró el corazón? Pero yo me inclino a creer que fue crimen, porque, de otro modo, no se explican las muertes ocurridas, que no parecen ser sino la venganza de un difunto.

—O sea, él sabía que iba a morir y preparó su venganza.

—Sí.

—Demasiado retorcido, ¿no cree?

—Tal vez; pero, si no es así, ¿qué otra explicación podemos darle?

Marion guardó silencio unos instantes. De pronto, Zane apareció en el vestíbulo.

—Hola —dijo.

La muchacha respingó, un tanto asustada. Tanto ella como Bludin habían llegado a olvidarse por completo de Zane y su inesperada reaparición les había sobresaltado un tanto.

—Ya he encontrado la solución para franquear el foso —dijo el ingeniero, a la vez que agitaba con ambas manos un rollo de cable conductor.

* * *

—¿Será seguro? —dudó Bludin.

—No tardarán en verlo —contestó Zane con firme acento.

Las voces atrajeron la atención de Helen, que abandonó la salita para reunirse con el trío.

—¿Qué sucede, Robert? —preguntó.

—Voy a hacer que el paso por el arroyo pueda hacerse sin peligro —contestó Zane.

—Pero a nado.

—Claro…

—Perdón, yo había discurrido otro medio —intervino Bludin.

—¿Cuál? —preguntó Helen.

—Derribar un árbol y utilizar su tronco como puente.

—No es mala idea, aunque tardaríamos mucho. Quizá Robert lo consiga antes.

—Eso es seguro —dijo el aludido.

Millie, Ibbetson y Fay se reunieron con el grupo. De pronto, Zane dijo:

—¡Fay!

—¿Sí, Robert?

Bludin no dejó de captar el detalle. ¿Por qué una antigua ama de llaves trataba a Zane con tanta confianza?

—Toma —dijo el ingeniero—, yo voy a salir. Cuando grite, enchufa este cable a una toma de corriente. ¿Has entendido?

—Descuida, Robert.

Fay quedó con uno de los extremos del cable, previsto de una clavija. Acto seguido, Zane empezó a devanar el rollo, mientras se dirigía hacia la puerta.

Al salir, explicó su plan:

—Los dos hilos del extremo opuesto están pelados. Los meteré en el agua y entonces Fay conectará el cable a la corriente. Los peces carnívoros resultarán electrocutados y el paso quedará libre.

—¡Hombre, qué idea tan estupenda! —exclamó Ibbetson—. ¿Cómo no se me habrá ocurrido a mí antes?

—Porque no ves más allá de tus narices, lo mismo real que metafóricamente —dijo Helen burlonamente.

Bludin observó el rostro del miope. Casi le asustó ver la llamarada de cólera que surgió detrás de los gruesos cristales de sus gafas.

—Robert —dijo Millie—, voy a darte un consejo para atraer mejor a las pirañas. Échales algún trozo de carne…

—No es mala idea. ¿Quieres traerla?

—Sí, claro.

Millie dio media vuelta y echó a correr hacia la casa. Mientras, los demás habían llegado ya al borde del foso.

Zane se detuvo, con el extremo del cable en la mano. Millie vino poco más tarde, con una pierna de cordero en las manos.

—Lástima —dijo, glotona.

—También ellos merecen comer de cuando en cuando —rió Helen.

La carne voló por los aires y fue a caer en el centro del foso, con sonoro chapoteo.

Pasaron unos minutos. De pronto, las aguas empezaron a

agitarse.

—Bien, ahí están —dijo Zane.

Y lanzó al agua el extremo del cable, con los dos hilos separados y desprovistos de su aislante en una longitud de treinta o cuarenta centímetros.

—¡Ahora, Fay! —gritó.

De pronto, los peces empezaron a saltar epilépticamente, sacudidos por la corriente eléctrica. Helen dio un paso hacia delante para contemplar mejor el espectáculo.

En el mismo instante, sonó un grito aterrador.

Situado junto al borde del foso, Zane braceó frenéticamente, buscando un asidero. Bludin alargó la mano hacia, él, pero, de pronto, Zane cayó al agua.

El desgraciado se hundió un instante, para emerger acto seguido de una forma horrible, casi verticalmente, incluso sacando medio cuerpo fuera del agua. Roncos gritos brotaban de su garganta, a la vez que todo su cuerpo era sacudido por horribles convulsiones.

—¡Desenchufe el cable! —gritó Bludin a voz en cuello.

Pero era ya tarde. De pronto, Zane se quedó inmóvil, flotando boca arriba, como muchas de las pirañas, que yacían con el vientre plateado a la vista.

Marion se sentía a punto de desmayarse. Bludin sacó el cable del agua y lo lanzó a un lado. Las mujeres chillaban histéricamente.

—¡Cállense! —gritó con poderosa voz.

Elphins acudió a la carrera.

—¿Qué ha pasado, señor? —preguntó.

—Zane ha caído al agua y se ha electrocutado.

Elphins lanzó una exclamación de horror. Bludin le señaló la casa.

—Ande, vaya y traiga un palo o algo para acercar el cadáver a la orilla —ordenó.

—Sí, señor.

Elphins se alejó rápidamente, para volver minutos más tarde con un largo palo, en uno de cuyos extremos había puesto un clavo doblado en ángulo recto. El clavo enganchó las ropas de Zane y así pudieron remolcarlo hacia la orilla.

De pronto, cuando ya lo sacaban del agua, se produjeron algunos remolinos en las inmediaciones.

—¡Todavía hay pirañas! —gritó Marion.

Aquellas fieras eran tan voraces, que tres o cuatro de las primeras en acudir salieron fuera del agua, agarradas aún a las piernas de Zane. Bludin, enloquecido momentáneamente, las separó a patadas. Aplastó a dos de sendos taconazos y otras dos volvieron al agua a puntapiés.

Las pantorrillas de Zane sangraban profusamente. Bludin miró su rostro una vez. Estaba cárdeno, con una expresión de horror inconcebible petrificada en aquellas facciones todavía mojadas.

Elphins trajo una manta, con la cual cubrió el cadáver. Luego, lentamente, abrumados por la nueva tragedia, regresaron a la casa.

Capítulo VII

—Pero eso es imposible, Bat —dijo Marion—. Los peces tenían que haber muerto…

—Los cálculos de Zane no eran del todo exactos. Si no me equivoco, la circunferencia del foso mide de trescientos cincuenta a cuatrocientos metros. La intensidad de la corriente se diluye con la distancia, sobre todo, teniendo en cuenta que el agua del foso es dulce y no salada, lo que habría aumentado su conductividad. Por tanto, las pirañas que se hallaban en el extremo opuesto no sufrieron los efectos de la descarga eléctrica o en todo caso, muy atenuados. Pero, además, al cesar el aflujo de la corriente, recuperaron su movilidad.

—Y acudieron…

—Acudieron al lugar en que se agitaba el agua, que era donde nosotros tratábamos de sacar el cadáver, simplemente.

Marion estaba muy seria.

—Bat, ¿se ha fijado que también en Zane se ha cumplido la predicción de Koldicutt?

—¿Por qué? Fue…

—Era ingeniero electricista, recuérdelo.

—Sí, tiene razón. Pero lo ocurrido no ha sido un mero accidente.

Marion respingó.

—¡Bat! ¿Qué está diciendo?

—Aguarde un momento, por favor.

Estaban hablando en el vestíbulo y Bludin se separó de la muchacha, para dirigirse a la sala. Abrió la puerta y llamó a Helen.

La cuarentona le miró inquisitivamente.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Tengo interés en hablar con usted. A solas —dijo Bludin.

—Está bien.

Ibbetson, derrumbado en un sillón, consumía el contenido de

una copa. Millie estaba sentada, con los ojos cerrados, como si durmiese.

En todo caso, sufría pesadillas, porque su cuerpo se agitaba irregularmente y, de cuando en cuando, se movían sus labios. Fay permanecía más erguida, con las manos en el bolso que reposaba sobre sus rodillas.

Helen cruzó el umbral de la puerta. Gran parte de su arrogancia y seguridad en sí misma habían desaparecido.

—Bien, hable —dijo.

Bludin cerró la puerta.

—Helen, yo no quiero hacerle el menor reproche sobre su vida privada —declaró—. Eso es algo estrictamente personal suyo y yo no tengo el menor derecho a inmiscuirme. Pero sí quisiera hacerle una observación.

—De acuerdo. Dígalo de una vez.

—Lo primero que debe saber es que Zane no ha muerto accidentalmente…

—Resbaló. La hierba está húmeda y cayó al agua.

—No. Lo empujaron.

Helen abrió los ojos desmesuradamente.

—Sí —insistió Bludin—. Zane recibió un empujón que, en realidad, no estaba destinado a él. Ese empujón se dirigía a otra persona que, en aquel preciso instante, dio un paso oblicuo, para contemplar mejor el espectáculo de los peces electrocutados.

La cara de Helen se puso gris.

—No…, eso no me lo pudieron hacer…

—Por desgracia, así sucedió. El que iba a empujarla a usted, muy disimuladamente, claro está, falló al dar usted ese paso y fue Zane el que recibió el empujón fatal. Ahora sólo falta que recuerde quién tenía a su lado.

—Me cuesta creerlo…

—Créalo. Pero, en todo caso, usted es la única culpable.

Helen irguió el busto.

—¿Culpable yo? —exclamó—. Le estoy manteniendo, vive a mi costa…

—Y le insulta y se burla de él despiadadamente, casi sin interrupción. Un hombre puede aguantar mucho, pero llega un momento en que se produce el estallido y actúa sin pensar en las

consecuencias.

—Si yo muero, ¿qué hará él, sin oficio ni beneficio? ¡Se morirá de hambre, con sus malditas canciones, que nadie escucha…!

—En esos momentos estaba muy harto, Helen.

Ella se mordió los labios.

—Pretender asesinarme —murmuró—. Después de todo lo que le he dado… y ahora podría tener un millón…

—La culpa es suya —repitió Bludin.

—Está bien. Ese miserable y yo hemos terminado. Se acabó. No soy una jovencita, pero no me faltarán hombres —dijo Helen arrogantemente.

—Sobre todo, si hereda el millón.

—¿Por qué no? Lo dice el testamento, recuérdelo. Pero ese cegato…

Helen dio un par de pasos hacia la salita. Bludin la retuvo por un brazo.

Ella le miró inquisitivamente.

—Sea sensata —aconsejó Bludin—. No se deje llevar por la cólera.

—Le voy a decir…

—Lo que yo le he contado es una observación personal pero no podemos probarlo, Helen.

—No se preocupe.

Helen entró en la salita. Bludin se encaró con la muchacha.

—Está furiosa —dijo.

—Más que eso: despechada. Y frustrada.

—No comprendo. ¿Por qué va con Fred? Son quince años al menos…

—Hay mujeres que no se sienten a gusto si no es con un hombre más joven. Ibbetson se deja mandar y eso le agrada a Helen. Pero ¿de veras cree que él quería asesinarla?

—Sí —contestó Bludin sombríamente—. Percibí claramente el movimiento de Ibbetson, aunque entonces, preocupado por Zane, no supe verlo de un modo definido. Ha sido después, cuando he rememorado todos los momentos del suceso, cuando he podido reconstruir mentalmente lo ocurrido.

—Para Helen habrá sido una tragedia saber que ese muchacho quería asesinarla.

—No tanto. Helen, por ahora, está encaprichada con Ibbetson. Pero ¿cuánto tardará en consolarse?

—Es cierto —convino la muchacha. De pronto, lanzó una mirada al gran carillón situado en uno de los muros del vestíbulo—. Bat, ¿cuándo terminará esta noche? —se lamentó.

Bludin miró a través de las ventanas. Apenas acababa de dar la una. Hasta que amaneciera, quedaban cinco horas largas.

Trescientos minutos, dieciocho mil segundos…; tiempo más que suficiente para que muriesen todavía más personas en aquella siniestra mansión.

* * *

El silencio más absoluto había caído sobre el ambiente.

Ninguno de los ocupantes de la mansión hablaba. Todos permanecían callados, abrumados por los terribles sucesos ocurridos en tan corto espacio de tiempo.

Bludin, sentado en un diván, reflexionaba.

¿Qué clase de insano odio había hecho que Koldicutt preparase semejante trampa a sus parientes?

Si sabía que iba a ser asesinado, ¿cómo no había puesto los medios para evitarlo?

Y, en todo caso, ¿cómo lo había averiguado?

Bludin recorrió con la vista los rostros de todos los que estaban en la sala. Algunos tenían los ojos cerrados, pero ninguno, estaba seguro, dormía.

Todos tenían miedo a dormirse y no despertar jamás.

¿Por qué?

¿Se sentían realmente culpables de la muerte del millonario?

¿A qué habían venido a visitarle los días inmediatamente precedentes a su fallecimiento?

¿Quién había matado a Simmons y por qué motivos?

Demasiadas preguntas se agolpaban en su mente y no tenía respuesta para ninguna de ellas.

Sólo podía contar con los hechos. Pero alguno de ellos podía ser aclarado, si…

De repente, se irguió. ¿Cómo no lo había pensado antes?

Cuando se puso en pie, nadie le hizo la menor pregunta.

Tranquilamente, salió de la estancia y se dirigió hacia la trasera del edificio.

Atravesó la cocina. Elphins dormía, sentado en una silla y con la cabeza apoyada en los brazos, situados sobre una mesa. Bludin no quiso despertarlo.

Había un hornillo encendido. Sobre él humeaba una cafetera llena.

Salió fuera. Con la linterna, recorrió los coches. Pronto encontró el que buscaba. Era el del abogado Simmons.

Husmeó en los asientos. Allí no había nada.

Caminó hacia la trasera del coche y levantó la tapa del portaequipajes. Sí, allí estaba el portafolios de cuero negro que el abogado había traído consigo y del que había extraído los documentos relativos al testamento.

Alargó la mano. En el mismo instante, oyó pasos a su espalda.

Quiso volverse. Alguien había adivinado sus intenciones. Antes de que pudiese completar su giro, algo le golpeó con dureza cerca de la frente.

Le pareció que las piernas se le convertían en mantequilla. Cientos de brillantes luces estallaron delante de sus ojos. Cuando caía, le extrañó que el color de la tierra fuese negro.

* * *

Algo húmedo cayó sobre su cara y creyó que llovía.

—Bat —oyó una voz ansiosa.

Bludin hizo un esfuerzo por abrir los ojos.

—¿Marion?

—Sí. ¿Qué le ha pasado? ¿Por qué está en el suelo?

—Écheme más agua… Así, ya empiezo a sentirme mejor… ¡Diablos, cómo duele!

Bludin consiguió sentarse en el suelo, cogiéndose la cabeza con ambas manos.

—Voy a buscarle algo fuerte para beber…

—No, espere —dijo él—. ¿Sabe alguien que estamos aquí, Marion?

—Creo que no —respondió la muchacha.

—Entonces, déjelo por ahora. El agua que me ha echado usted y

el fresco de la noche acabarán por despejarme. Si acaso, ya tomaré más tarde un par de copas.

Marion, arrodillada a su lado, se sentó de pronto sobre los talones.

—¿Qué ha sucedido, Bat?

—Me golpearon y perdí el sentido, así de sencillo.

Marion lanzó una exclamación de asombro.

—¿Es posible?

—Sí, es posible.

—Pero ¿por qué? ¿A qué había venido usted a este lugar?

Bludin hizo una mueca.

—Estuve mucho rato haciéndome preguntas que no tenían contestación —replicó—. Por fin pensé que había algo que podía aclarar muchos de los misterios que tanto nos preocupan.

—¿Qué era, Bat?

—La cartera de negocios de Simmons.

—¡Oh! ¿La encontró?

—Sí, pero demasiado tarde. Ya la tenía en la mano, cuando alguien la emprendió a porrazos conmigo.

—¿Pudo verle la cara?

—No. Sólo escuché unos pasos…, empecé a volverme y entonces cayeron un par de golpes sobre mí.

—Quería asesinarle —se estremeció ella.

—Lo dudo. Lo que de verdad quería, fuese quien fuese, era apoderarse de la cartera. Recuerde que Simmons sólo leyó el testamento, pero no dio a leer ni uno solo de los papeles que traía consigo.

—Creo que comprendo —dijo Marion—. ¿Sospecha de algún engaño en el testamento?

—En todo lo que está pasando aquí, hay mucho engaño, salvo en una cosa: las muertes. Todas son auténticas.

—Y aún puede morir más gente —se horrorizó la muchacha.

—Seamos optimistas —dijo él—. Quizá consigamos evitar… Marion, dígame, ¿por dónde ha salido usted?

—Por la cocina, claro. Vi que usted abandonaba la sala y aguardé un rato. Cuando me di cuenta de que tardaba demasiado, empecé a buscarle.

—¿Sabe cuánto tiempo ha pasado? Yo he perdido la noción…

—Una media hora aproximadamente, Bat.

—Entonces, el que me atacó ha tenido tiempo sobrado de escapar, aunque mejor sería decir esconder el portafolios.

—Entonces, usted opina que en esa cartera hay documentos importantes.

—Todo lo que sabemos del testamento, de las sumas que ha de heredar cada uno y del supuesto asesinato de Koldicutt es debido a la voz de Simmons, pero no a que ni uno solo de nosotros haya leído ningún documento.

—Sí, tiene usted razón.

Bludin se puso en pie.

—Para llegar aquí, usted atravesó la cocina, ha dicho. ¿Vio a Elphins, durmiendo, con la cabeza apoyada sobre los brazos?

—No —contestó la muchacha—. No he visto a Elphins.

Bludin suspiró.

—Le buscaremos más tarde —dijo—. Ahora voy a ver si me tomo una copa, que buena falta me está haciendo.

Capítulo VIII

Un par de buenos tragos entonaron a Bludin notablemente, a lo que también contribuyó en no pequeña medida cinco minutos con la cabeza metida bajo un grifo de agua fría. Después de secarse, se sintió considerablemente mejor.

—Normal —dijo sonriendo—. ¿Siguen los otros en la sala?

—Allí están. Ninguno de ellos se atreve a moverse.

—Vamos, Marion.

Cuando llegaron, Millie dormía profundamente, acurrucada en un rincón. Helen les dirigió una mirada inquisitiva.

—¿Han visto a Elphins? —preguntó Bludin.

—No, desde que sirvió el café —respondió Helen.

—¿Por qué le busca? —preguntó Ibbetson.

—Curiosidad.

—Le han atacado —intervino Marion.

—¿Cómo? —se asombró Helen.

—Fui a buscar la cartera de Simmons. La encontré, pero, en el mismo momento, alguien me asaltó y me hizo perder el conocimiento.

—¡Vaya! ¿Y para qué quería la cartera?

—Helen, ¿cómo sabe usted que va a heredar un millón de dólares? —preguntó Bludin.

—¡Hombre, qué cosas tiene! Lo dijo Simmons.

—¿Ha visto usted el testamento?

Helen se quedó cortada.

Ibbetson soltó una risita.

—Un testamento de viva voz —comentó burlón.

—¡Cállate, estúp…! —De pronto, Helen recordó los consejos recibidos y se mordió los labios—. Dispensa, Fred.

—No tiene importancia, preciosa.

—Bien, Helen —dijo Bludin—, le he preguntado si había visto el

testamento.

—Lo mismo que usted y que todos: un papel en manos de Simmons. Pero, sin embargo, nadie lo ha leído.

—Es de suponer que Simmons dijera realmente lo que está escrito; pero, de todos modos, habría resultado interesante leer ese testamento, más algunos de los papeles que contenía su cartera. Sospecho que eso es algo que ya no conseguiremos —concluyó Bludin melancólicamente.

—¿Sabe quién le atacó? —preguntó Millie, que había despertado unos minutos antes.

—No tuve tiempo de verle la cara. Se me echó encima cuando ya ponía la mano sobre el portafolios. Perdí el sentido en el acto… y si alguien lo duda, puede poner su mano aquí. —Bludin señaló gráficamente el lugar donde había recibido el golpe—. Tengo un hermoso chichón que tardará todavía algunas horas en rebajarse.

—Ninguno de los que estamos aquí nos hemos movido hace mucho rato —aseguró Helen.

—Empiezo ya a aburrirme —dijo Ibbetson.

—Entonces, cierra los ojos y duerme.

—Bat, ¿no cree que sería conveniente buscar a Elphins? —sugirió Marion.

—Sí, sería buena idea. Probablemente se cansó de dormir en tan incómoda postura y se fue a su habitación.

—Elphins fue a su habitación y yo… Helen —dijo Ibbetson—, ¿sabes que lo que está sucediendo esta noche estimula mi inspiración? Voy a componer una canción que se titulará *Balada de los herederos chasqueados*. Tendrá éxito, te lo garantizo.

Helen hizo una mueca, con la que quería expresar sus dudas sobre el particular. Bludin se quedó un tanto perplejo al percatarse de la inconsciencia de aquel sujeto.

De pronto, Ibbetson se fijó en el piano vertical que había en uno de los lados de la estancia.

—¡Hombre, y ahora que lo veo…! Voy a ver si anoto los primeros compases, antes de que se me olvide la idea básica, el *leit-motiv* de la canción… *Balada de los herederos chasqueados*. ¿Verdad que es un bonito título?

En medio del asombro de los presentes, Ibbetson se acercó al piano. Había en el atril un papel pautado y lo tomó para

examinarlo.

Un instante después, se volvía hacia Helen.

—¡Mira, mi canción! —exclamó—. *Balada del ganster arrepentido*. ¿La recuerdas? ¿Ninguno de ustedes la ha escuchado? Aguarden un momento y juzgarán…

Ibbetson se sentó ante el piano y levantó la tapa. Bludin pudo darse cuenta de que estaba bastante nervioso y que quería ocultar su estado con una charla voluble.

—¡Fred! —dijo Helen de pronto—. Deja el piano, éstos no son momentos adecuados para…

El miope se volvió sonriendo hacia ella.

—Al ilustre forajido que era tu hermano no le importará ya mucho que yo toque el piano un ratito —dijo—. Incluso me dan ganas de cambiar el título de esta canción. En lugar de llamarse *Balada por un ganster arrepentido*, podría titularse *El graznido del buitre* o algo por el estilo, ¿no te parece?

Helen no dijo nada. Sin dejar de sonreír, Ibbetson alzó un poco las manos y luego las bajó de golpe, para golpear las teclas con las yemas de los dedos.

Ibbetson consiguió tocar un par de acordes. De repente, un chorro de llamas, fuego y ruido brotó del piano.

Bludin se agachó instintivamente. Aquello que estaba funcionando en el interior del instrumento musical era una ametralladora.

El mortífero artefacto disparó diez o doce tiros en contados segundos. Ibbetson tenía la boca abierta y, sin duda gritaba, pero el estruendoso castañeteo del arma apagaba su voz.

Los estampidos cesaron tan súbitamente como habían empezado. Entonces, Ibbetson abrió los brazos y cayó de espaldas al suelo, con el pecho destrozado por la ráfaga de proyectiles.

* * *

Bludin levantó la tapa superior del piano y vio la ametralladora, sujeta mediante una combinación de maderas y tiras de metal, atornilladas a las paredes del piano. El macillo correspondiente a una de las teclas accionaba el disparador. La boca del cañón había sido situada justamente frente a la persona que tocase el piano.

El cadáver de Ibbetson había sido ya cubierto con una manta. Bludin se volvió y miró a las mujeres una por una.

Había un vivo terror en los rostros femeninos. Bludin pensó en la amarga ironía que suponía el hecho de ser el único hombre, si se dejaba a Elphins de lado.

—Ese maldito muerto nos va a matar —gimió Millie, al borde de un ataque de nervios.

—Será mejor que salgamos de aquí —propuso Bludin—. En la cocina estaremos mejor. No conviene que toquemos el cadáver.

La proposición fue aceptada sin objeciones. Antes de ir a la cocina, sin embargo, Bludin se acercó a la cámara mortuoria.

Koldicutt yacía sobre el ataúd, con las manos cruzadas encima del pecho. A Bludin le pareció que había una sonrisa en los labios del muerto.

Quizá se estaba burlando desde el más allá de sus herederos. Bludin se estremeció; ya habían muerto cinco…

Pero Ibbetson no era pariente de Koldicutt.

¿Por qué había tenido que morir?

La trampa estaba preparada de antemano. Era preciso reconocer que Ibbetson era un sujeto pagado de sí mismo, aunque no hubiese hecho ninguna demostración espectacular, como la habría hecho otro, Torrance, por ejemplo. Pero su orgullo le había llevado a sentarse ante el piano.

En el atril se hallaba la partitura de una de sus canciones. El que había preparado todas aquellas trampas, sabía que, tarde o temprano, Ibbetson vería el papel pautado y no podría resistir la tentación de tocar el piano.

Abandonó la cámara mortuoria y se fue a la cocina.

Marion estaba ocupándose de calentar el café. Al verle entrar, le dirigió una sonrisa.

—¿Ha visto a Elphins?

—Aún no. Tomaré una taza de café y subiré a su habitación.

—Es curioso —dijo Helen—. Los disparos han hecho un ruido espantoso. ¿Por qué no ha bajado a ver lo que sucedía?

Bludin frunció el ceño.

—Tiene usted razón —convino—. Aunque tuviera mucho sueño, los disparos le habrían despertado. Iré a ver qué le pasa.

Salió de la cocina y echó a correr escaleras arriba. Momentos

más tarde, entraba en la habitación del mayordomo.

—¡Elphins!

El mayordomo, vestido, estaba tumbado en su cama, con los ojos cerrados. Bludin pensó en el primer instante que habría muerto, pero no tardó en advertir los movimientos de su pecho.

—¡Elphins! —gritó de nuevo.

Zarandeó varias veces al mayordomo, pero éste no se despertó. Al cabo de unos momentos, Bludin creyó comprender la verdad. Luego salió y empezó a registrar nuevamente los otros dormitorios.

De súbito, sonaron varios agudos gritos en la planta baja.

Eran chillidos de terror. Bludin dio media vuelta y se precipitó hacia la puerta del dormitorio en que se hallaba.

Marion corrió hacia él, cuando ya llegaba al vestíbulo.

—¡Hemos visto a Simmons! —dijo, terriblemente agitada.

* * *

Bludin respingó.

—¡No puede ser! —dijo.

—Es cierto —manifestó Helen, desde la puerta de acceso a la cocina—. Todas lo hemos visto. Pasó por la parte de atrás, sin prisas, como un fantasma…

—¿Están seguras de que era él?

Helen lanzó una sarcástica risotada.

—Tenemos buena vista y afuera hay bastante luz —contestó—. Por otra parte, la sangre de su camisa no deja lugar a dudas.

Bludin frunció el ceño. Tras unos segundos de indecisión, avanzó, cruzó la cocina y salió al exterior.

Las luces del garaje estaban encendidas. Bludin avanzó hacia allí. Con grandes precauciones, se asomó a la puerta.

Helen y Marion le miraban desde una prudente distancia. Al cabo de unos momentos, vieron que Bludin salía del garaje.

—Está allí —dijo el joven.

—¡Pero eso es imposible…!

—Vayan a cerciorarse ustedes mismas —insistió el joven.

—Bat, quizá Simmons está desempeñando una comedia…

Bludin movió la cabeza para contradecir a la muchacha.

—No, Marion —insistió—. Yo también había pensado en ello,

pero he abandonado esa hipótesis.

—¿Por qué? —preguntó Helen.

La mano del joven trazó un amplio semicírculo.

—Hay trozos con hierba en esta parte del patio —dijo—. La hora es muy avanzada y la hierba está húmeda. Miren mis zapatos… —Levantó el pie derecho—. Los de Simmons están completamente secos.

Marion lanzó una exclamación.

—¿Habremos visto un fantasma?

—Era lo que nos faltaba —se estremeció Helen—. ¡Fantasmas en Cutson's Hill!

—Será mejor que volvamos a la cocina —propuso Bludin—. Ah, entre paréntesis: Elphins está en su habitación.

—¿Qué ha dicho? —preguntó la cuarentona.

—Nada. Duerme como un leño. Seguramente ha tomado un somnífero.

—¡Vaya una manera de cumplir sus obligaciones! —exclamó Helen, irritada—. Si fuese mi mayordomo, lo despediría hoy mismo.

Entraron en la cocina. Millie estaba acurrucada en una silla, lejos de la puerta. Había terror en su mirada.

—¿Dónde está Fay? —preguntó Bludin, al observar la ausencia del ama de llaves.

—Ha salido… Está en el lavabo…

Bludin contempló el bolso de Fay, que había quedado sobre la mesa. Sintióse tentado de abrirlo, pero, lamentablemente, estaba con las mujeres y no se atrevió.

Marion le entregó una taza de café. Bludin tomó un par de sorbos. Luego se encaró con la hermana del difunto.

—Helen —dijo—, quiero hacerle un par de preguntas.

—Si puedo contestarlas…

—No soy policía y, en verdad, tampoco sé por qué lo hago, pero quiero aclarar este misterio. Tengamos en cuenta que esta noche han muerto ya seis personas.

—Noche de difuntos —comentó Helen cáusticamente.

—Sí, pero alguien se está frotando las manos de gusto, al ver tantas muertes. Helen, ¿a qué vino usted hace algunos días a Cutson's Hill?

—¿Le interesa?

—No puedo obligarla a que me conteste, ciertamente; pero recuerdo lo que alguien dijo antes: ninguno de los herederos se relacionaba, aunque todos se conocían. Solamente se felicitaban para Navidad o en los cumpleaños. Sin embargo, todos, absolutamente todos, desfilaron por aquí en los días inmediatamente precedentes a la muerte de su hermano.

—Es cierto —convino Helen—. La mía fue solamente una visita de cumplido. Hice un pequeño viaje y pasé cerca de esta casa. No me importaba perder un par de horas, así que me desvié para charlar con Hyram y, de paso, enterarme de su estado de salud.

—¿Se encontraba enfermo?

—Hacía un par de años que su corazón no marchaba demasiado bien. Sé que estaba sometido a un tratamiento médico, pero no puedo decirle más.

Bludin se volvió hacia Millie.

—¿Y usted?

La rubia vaciló.

—Necesitaba dinero —contestó.

—¿Te lo dio? —preguntó Helen.

—Cinco mil.

—¡Qué generosidad!

—Le encontré de buen humor —explicó Millie.

Fay entró en aquel instante.

—¿Puedo ayudarles en algo?

—Sí. Señora Williams, hace diez años usted era el ama de llaves del difunto Koldicutt. Lo dejó a causa de una enfermedad…

—Es cierto —dijo la mujer, impasible.

—¿A qué vino a esta casa, hace dos o tres días?

Fay avanzó unos cuantos pasos, se sentó ante la mesa y puso sus manos sobre el bolso.

—Me dijeron que el ama de llaves actual se iba a despedir. Vine a pedirle el puesto —contestó.

—¿Nada más?

—No.

La mujer mentía, presintió Bludin. Pero, ¿cómo sacarle la verdad?

—Ninguna de nosotras hemos asesinado a Koldicutt —dijo Helen —. Bat, ese camino está equivocado.

—Además, el doctor Ralston certificó su defunción —añadió Millie.

—¡Como me gustaría hablar con ese médico! —rezongó Bludin. Consultó su reloj—. Las tres y diez minutos —dijo.

—Aún faltan tres horas para que amanezca —señaló Marion.

—Y, en ese tiempo, todavía puede morir alguno de nosotros —dijo Millie tétricamente.

Capítulo IX

En el vestíbulo sonaron unas campanadas. Bludin se volvió, con el pie derecho en el primer peldaño de la escalera que conducía a los pisos superiores.

—Las tres y media —murmuró.

Marion apareció de pronto en la puerta de la cocina.

—¡Bat! ¿Adónde va? —preguntó.

Bludin hizo un gesto con la mano.

—Quiero registrar el dormitorio de Koldicutt —respondió en voz baja, cuando ella se le hubo acercado.

Una chispa de comprensión brilló en los ojos de Marion.

—Iré con usted —murmuró.

Momentos después, se detenían ante la puerta del dormitorio mencionado. Bludin hizo girar el picaporte y dio la luz.

El dormitorio era enorme, con una colosal cama, decorada con dosel y altas columnas de estilo salomónico. Había en un rincón una especie de *secrétaire*, antiguo, de gran mérito artístico, un sillón y luego, en distintos lugares de la estancia, dos butacas.

Una puertecita lateral conducía al baño privado. En las paredes había algunos cuadros, con recargados marcos de cornucopia. Sobre la mesilla de noche, Bludin divisó unos frascos de medicina.

Curioso, examinó las etiquetas de los frascos. Uno de ellos contenía un medicamento estimulante de la actividad cardíaca.

Bludin entornó los ojos. En el frasco quedaban todavía una docena de píldoras, que no habían podido evitar el paro del corazón de Koldicutt.

—Bat, ¿en qué está pensando? —preguntó ella.

Bludin hizo saltar el frasco en la mano.

—Quizá esto sea el arma homicida —dijo.

Marion se sobresaltó.

—Oh, no… En todo caso, ¿quién le habría administrado una

sobredosis de la medicina?

—Todo lo contrario —sonrió él—. La mejor forma de matar a un enfermo es quitarle la medicina.

—¿Qué?

Bludin levantó el frasco.

—Es muy probable que las píldoras que hay aquí no sean sino simples bolitas de harina y azúcar, con una ligera capa de caramelo por encima. Cualquiera podría prepararlas, sobre todo con una píldora auténtica como modelo, para reproducir mejor su color y dimensiones.

—Creo que entiendo. Koldicutt tomaba su estimulante, pero ignoraba que no eran sino unas píldoras completamente inofensivas. Por tanto, al cesar el estímulo del medicamento, se le paró el corazón.

Marion asintió, mientras Bludin guardaba el frasquito en uno de los bolsillos. De pronto, oyeron pasos en las inmediaciones.

—Viene alguien —susurró la muchacha.

Bludin tiró de ella y ambos se refugiaron en el contiguo cuarto de baño. Instantes después, se abría la puerta del dormitorio.

A través de la rendija que había dejado, Bludin pudo ver la cabeza del ama de llaves. Un segundo más tarde, Fay entraba en el dormitorio, pero apenas había dado un par de pasos, se oyó en el corredor una voz áspera:

—¡Salga de ahí!

Fay se sobresaltó terriblemente, tanto, que el bolso se le cayó y se abrió de golpe. Azorada, se inclinó para recogerlo, pero sus manos temblaban y lo único que consiguió fue volcarlo, con lo que parte de su contenido se esparció por el suelo.

—¡Ladrona, sal de ahí! —gritó Helen, abriendo la puerta con gesto colérico—. ¿Acaso te crees con derecho a algo de esta casa?

Fay se enderezó, con el bolso apretado contra su pecho.

—No tiene usted derecho…

—Hace diez años, tú metiste ciertas ideas en la cabeza de mi hermano, acerca de mi comportamiento —dijo Helen—. De nada te sirvió, porque él estaba ya cansándose de ti y te echó de la casa al poco tiempo. Nunca he podido tragar a las mosquitas muertas, que andan propalando por ahí insidias y calumnias.

—Lo que yo dije a su hermano de usted no eran precisamente

calumnias…

—¿Y quién eras tú para juzgar mi conducta? ¿Acaso la tuya era mejor? ¿O es que quizá confiabas en tus mañas para conseguir cambiar el apellido Williams por el de Koldicutt?

—Basta, no quiero escuchar más insultos.

Helen lanzó una agria risotada.

—Es la pura verdad y tú lo sabes —contestó mordazmente—. Anda, lárgate, zorra. No es que yo sea mejor —admitió con singular cinismo—, pero, al menos en ese sentido, nunca me ha preocupado la opinión de los demás.

—Después de todo lo que he hecho…

—Vas a cobrar cien mil, ¿no? Entonces, no te quejes más y vete. Lo que hay aquí, donde ambas sabemos, no te pertenece en absoluto.

Fay abandonó el dormitorio. Una extraña sonrisa de satisfacción apareció en los labios de Helen al quedarse sola.

Casi en el acto, avanzó hacia uno de los cuadros y lo hizo girar a un lado. El brillante metal de una caja fuerte, empotrada en la pared, quedó a la vista.

Helen empezó a hacer girar la rueda de la combinación. De súbito, Bludin se sintió atacado por una especie de presentimiento y, sin poder contenerse, salió del baño y gritó:

—¡No, Helen, no abra! ¡Puede contener una trampa mortal, como el cajón del aparador y el piano!

* * *

Sobresaltada por la inesperada presencia de una persona en el dormitorio, cuando creía encontrarse sola, Helen lanzó un chillido de pavor. Luego se volvió y, rehaciéndose en parte, contempló al joven con expresión de mal humor.

—¿Qué diablos hace aquí? —le increpó. Marion se hizo visible en aquellos momentos—. ¡Pero si ella está también en el dormitorio! ¿Qué sucede? ¿Acaso buscaban algún lugar discreto para sus efusiones? —preguntó insultantemente.

—No sea mal pensada, Helen —dijo Bludin—. Marion y yo estamos buscando rastros.

—Ah, los detectives aficionados. ¿Y han encontrado algo?

—Un frasco de píldoras.

—Oh, mi hermano tomaba las medicinas a carretadas…

—Sospecho que alguien cambió el medicamento que tomaba como estimulante.

Helen entornó los ojos.

—Una medicina cambiada… Podría ser un buen método para eliminar al hombre que estorba —dijo.

—Eso es lo que yo pienso —contestó Bludin.

—¿Puede demostrarlo?

—No soy químico ni, en todo caso, dispongo de elementos adecuados para comprobar mis sospechas. Pero creo que a su hermano le cambiaron el estimulante prescrito, sustituyéndolo por una medicina inofensiva.

—Creo que entiendo. Esa medicina no surtía los efectos deseados…

—Y el corazón se le paró.

Helen rió estridentemente.

—Una bonita manera de matar a un enfermo —dijo—. En lugar de aumentarle la dosis, reducirla.

—Justamente.

—Bien, Hyram ya está muerto y yo no he sido quien cambió la medicina. ¿Le importa que siga con mi tarea?

Bludin dirigió una mirada hacia la caja de caudales.

—¿Conoce la combinación? —preguntó.

—Sí. Me fijé el día en que vine a visitar a mi hermano.

—Su hermano abrió la caja en presencia de usted.

—Exacto.

—¿Para qué?

Helen sonrió burlonamente, a la vez que se frotaba el índice contra el pulgar.

—Dinero, amiguito.

—He oído decir que no le interesa el dinero…

—Son frases hechas. Necesitaba algunos miles. Hyram se mostró extrañamente generoso y me dio diez mil dólares.

—Y ahora, claro, busca más dinero.

—No. Me he acordado de repente, aunque no lo crea, de un medallón antiguo que perteneció a la familia. Es muy bonito y he pensado que nadie mejor que yo para lucirlo.

Helen aspiró profundamente, a fin de hacer resaltar las abundantes curvas del busto, visible en buena parte debido al nada mesurado escote de su vestido.

—Tengo dónde lucirlo —añadió maliciosamente.

Y de nuevo puso la mano sobre la puerta de la caja fuerte.

—Cuidado —avisó Marion—. Puede haber una trampa.

Helen se echó a reír.

—No me dejaré sorprender como el pobre Fred —aseguró.

Instantes después, asía la empuñadura. Situándose a un lado, tiró con fuerza.

Bludin contuvo el aliento. Pero no ocurrió nada.

—¿Lo ven? —Helen volvió a reír—. Ahí no hay ninguna trampa, porque mi querido hermanito no se figuraba que yo podría abrir la caja fuerte.

Metió la mano y sacó una cajita forrada exteriormente de terciopelo rojo, la cual abrió de inmediato. Marion lanzó un grito de admiración al contemplar el medallón, de forma ovalada y hecho de oro, con brillantes, rubíes y esmeraldas cómo adorno. En el centro, había el retrato de una mujer de notable belleza, realizado en esmaltes al fuego.

—Mi abuela —dijo Helen—. Guapa de veras, ¿eh?

Bludin no se sentía todavía tranquilo. Presentía la tragedia, aunque no se imaginaba en qué forma podía sobrevenir.

Helen pasó por su cabeza la cadena de oro de que pendía el medallón.

—Ya es mío —dijo.

Cerró la puerta y echó a andar hacia la salida.

—Pueden seguir —indicó, burlona.

Caminó orgullosamente, con la cabeza muy alta. Marion la contempló con notable atención. De pronto vio algo caído en el suelo, a pocos pasos de la puerta.

Helen se volvió desde la entrada. Mientras hablaba, dio al medallón un golpe con la palma de su mano derecha.

—Ya es mío —dijo, satisfecha—. Cuando era una… jovencita, solía llevarlo con alguna frecuencia, pero Hyram se lo quedó y no quería entregármelo. Ahora ya no puede impedir que lo luzca… —Una ligera contracción sacudió su rostro súbitamente—. ¡Huy, me he pinchado! Pero no ha sido nada —añadió, cuando ya cruzaba el

umbral.

Entonces, Marion echó a correr y se inclinó para recoger la cosa que había visto antes caída en el suelo. Bludin la contempló con notable interés.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Una fotografía —respondió ella—. Se cayó del bolso de Fay.

Bludin se acercó y contempló las imágenes reproducidas en la cartulina. Había un grupo de personas, todas ellas conocidas, sentadas en semicírculo alrededor de una mesa.

—Muy notable —comentó.

—Sí —convino Marion.

Y en el mismo instante, se oyó un grito sofocado.

Luego, se percibió el estruendo de un cuerpo que rodaba por la escalera.

Capítulo X

Bludin salió corriendo al pasillo y se asomó a la escalera. Abajo, al pie, torcido en una rara postura, se veía el cuerpo de Helen, agitándose en violentas convulsiones.

Fay y Millie salieron de la cocina. Bludin descendió la escalera a saltos y se arrodilló junto a la caída.

—Helen…

Ella abrió los ojos. Había en su rostro una expresión de indescriptible sufrimiento.

—El medallón… Está envenenado…

Bruscamente, todo el cuerpo de Helen se agitó en una tremenda convulsión. La fuerza de la sacudida fue tan enorme, que Bludin, pillado a contrapié, rodó por el suelo con las piernas por alto.

Helen se agitó todavía unas cuantas veces, a la vez que emitía roncos sonidos, que no parecían brotar de una garganta humana. Marion y las otras dos mujeres contemplaban la escena con ojos llenos de horror.

De pronto, Helen se quedó quieta. Respiraba estertorosamente, pero, a los pocos instantes, cesó en ella todo signo de vida.

Entonces Bludin se acercó a la mujer y, con infinito cuidado, examinó el medallón.

La blanca piel del seno de Helen tenía ahora en buena parte un tinte violáceo. Bludin pudo ver las huellas de un pinchazo, del que habían brotado algunas gotas de sangre.

Examinó la cara interna del medallón. Por allí asomaba la punta de una aguja, de unos dos milímetros de grueso. Bludin recordó los golpecitos que la satisfecha Helen había dado en el medallón, después de habérselo colgado del cuello.

Marion bajó por la escalera, peldaño a peldaño.

—¿E… está…?

—Sí —confirmó él, sombrío.

Y volvió el medallón, para que ella pudiera ver la aguja envenenada que, al clavarse en la piel de Helen, había introducido en su sangre la sustancia tóxica, causante de su muerte.

Marion se puso ambas manos en la cara.

—Horrible, horrible… —musitó.

En aquellos instantes, Bludin deseó que Koldicutt estuviese vivo. Habría sido capaz de matarle con sus propias manos, pensó rabiosamente.

Millie seguía aún con vida. ¿Cuánto tiempo tardaría en morir?, se preguntó.

Rumor de sollozos llegó a sus tímpanos. Volvió la cabeza y divisó a Millie sentada en una silla, con la cara entre las manos y el cuerpo sacudido por violentos espasmos de llanto.

Bludin se volvió hacia Marion y le hizo una señal con la cabeza. Ella comprendió y se dirigió hacia el lugar donde estaba la rubia.

—Vamos, Millie —dijo afectuosamente—. Debe tomar algo…

—Estamos condenados a muerte; todos vamos a morir… —gimió la rubia.

Bludin alzó en vilo el cuerpo de Helen y se dirigió hacia el piso superior. Instantes después, el cadáver de aquella mujer, tan exuberante y llena de vitalidad hasta hacía unos momentos, reposaba sobre la misma cama en que había dormido el hombre que había planeado su asesinato.

Sí, pensó el joven, Koldicutt sabía cómo reaccionarían todos y había dispuesto las cosas para que fuesen muriendo uno por uno. Tal vez Zane era el único que no había muerto por una trampa preparada de antemano, ya que si había caído al foso se debía al empujón propinado por Ibbetson. Pero, en cierto modo, había jugado con la electricidad y ésta le había matado.

De pronto, oyó ruido en la puerta y se volvió.

Fay Williams apareció en el umbral. Estaba muy seria, cosa lógica, dadas las circunstancias.

Lo que ya no parecía tan lógico era el revólver que brillaba en su mano derecha.

* * *

En el primer momento, Bludin sintió que se le contraía el

estómago. Luego se dijo que debía mantener la serenidad a toda costa.

—¿Va a matarme? —preguntó.

—Sólo si es necesario —dijo Fay.

—Está bien, hable.

—Tiene una fotografía. Devuélvamela.

Las cejas del joven se arquearon.

—Lo siento —respondió.

Fay estiró el brazo.

—Contaré hasta tres…

—Y me matará y luego registrará mis ropas, pero no encontrará la fotografía.

El acento de sinceridad de Bludin desconcertó a Fay.

—Se me cayó aquí —dijo.

—Sí.

—Entonces, usted sabe dónde está.

—Desde luego.

—¡Dígalo, pronto!

Bludin avanzó hacia la mujer.

—¿Por qué le interesa tanto una fotografía que, si se puede calificar de comprometedora, no es debido a que usted aparezca en ella? —preguntó.

—Eso no le importa…

—Se han producido varias muertes. El muerto se está vengando. ¿Conoce usted las causas?

Los labios de Fay temblaron.

—No haga preguntas —dijo—. Quiero la fotografía.

—Pero ¿por qué? Usted no figura en el grupo…

—Repito que no le importa. Dígamelo o haré fuego.

—Y se quedará como está ahora, sin saber qué fue de la fotografía.

—Pero ¿es que no lo comprende…?

—Señora Williams, ¿qué motivos le trajeron a usted a esta casa, hace algunos días?

—Ya lo he dicho; había oído que el puesto de ama de llaves iba a quedar vacante…

—Y quería volver al lado del hombre a quien tanto amó en tiempos pasados y que, al cansarse de usted, la dio de lado como un

trapo usado, ¿no es cierto?

—¡Hyram era un canalla, un miserable…!

—Por todo lo cual, lo asesinó usted.

—¡No, no, yo no fui!

—Entonces, ¿quién lo hizo?

El pecho de la mujer subía y bajaba tempestuosamente.

—No se lo diré —exclamó.

—Lo cual significa que lo sabe.

Ella retrocedió un paso. Bludin se dio cuenta de que la mente de Fay empezaba a desquiciarse.

—¿Qué significado tiene la fotografía? —dijo—. ¿Acaso una reunión de conspiradores?

Los ojos de Fay se abrieron de golpe. Bludin supo así que su dardo lanzado al azar había llegado a la diana.

—Siete personas se reunieron en un lugar determinado, para acordar la muerte de Koldicutt —dijo—. Todos ellos, más o menos, estaban necesitados de dinero. Suele ser un buen motivo, cuando hay una herencia en perspectiva. Quizá algunos intervinieron por odio o resentimiento, usted, por ejemplo.

—Yo tomé la fotografía —declaró Fay.

—¿Con qué objeto? ¿Para conservar un recuerdo de la reunión?

Ella guardó silencio. De pronto, Bludin dijo:

—Marion, llegas a tiempo. Dale la fotografía a la señora Williams.

Fay se volvió. Entonces Bludin, rápido, pegó un manotazo al revólver y lo hizo saltar por los aires. Era mejor, se dijo, que agarrar la muñeca armada y forcejear: podía dispararse accidentalmente y…

Fay lanzó un chillido de rabia:

—¡Me ha engañado!

—Pero es cierto que Marion tiene la fotografía —sonrió él, a la vez que guardaba el arma en el bolsillo de la cadera—. Usted está muy nerviosa; no tengo ganas de que se le dispare el revólver.

De repente, Fay se dejó caer sobre una silla, completamente desmadejada.

—Ese miserable me engañó… Me hizo perder los mejores años de mi vida… A mí no me importaba su dinero; yo lo quería a él por sí mismo… Pero cuando empezaron a pasar los años y mi figura

perdió atractivos…

Bludin meneó la cabeza. Era la tragedia de una mujer que había amado a un hombre desprovisto de escrúpulos.

—¿Lo amaba todavía? —preguntó.

Fay hizo un gesto afirmativo.

—Entonces, ¿por qué intervino en la conspiración?

Ella seguía guardando silencio.

—Creo comprender —dijo Bludin—. De algún modo, usted supo que los herederos planeaban matar a Koldicutt. Que deseaban su muerte, está fuera de toda duda. Pero usted consiguió reunir a todos ellos, ya que, además, sabían que también estaba resentida con Koldicutt. Lo que, seguramente, no les dijo, fue que pensaba delatarles, con el objeto de conseguir recuperar de nuevo el afecto perdido. ¿Me equivoco, Fay?

—Es cierto —murmuró ella sordamente.

—Aún más: a fin de que todos resultasen comprometidos, hizo que viniesen sucesivamente en los días precedentes a la muerte de Koldicutt. De este modo, cada cual se aseguraba del silencio de los demás y quedaba tan comprometido como el resto. ¿Es verdad?

—Sí.

—Bien, en tal caso, sólo falta saber quién sustituyó las píldoras estimulantes, cuya falta provocó el colapso mortal.

—No hubo sustitución de píldoras —declaró Fay sorprendentemente.

—¿Cómo dice?

—Ya lo ha oído. Yo le dije a Hyram lo que pensaban hacer los otros y le avisé del peligro. Pero ¿sabe cuál fue su respuesta?

—No. Dígalo.

—¡Me dio quinientos dólares! Figúrese, quinientos dólares por salvarle la vida…

—Pero el caso es que murió.

—Sí, aunque yo no fui, insisto.

—Antes dijo que conocía el nombre del asesino.

—Lo que quise decir era que conocía el plan para asesinarle. Asesinos, al menos, en potencia, lo eran todos. Pero yo le salvé la vida, insisto. ¡Y sólo me dio quinientos dólares!

Bludin reflexionó sobre las declaraciones que acababa de escuchar.

Fay parecía sincera. Entonces, ¿dónde estaba la solución?

Si había habido o no sustitución de píldoras, hipótesis que le costaba mucho abandonar, era algo imposible de probar por el momento. Tal vez, de haber dispuesto de las auténticas, podía haberlas comparado con las que tenía en el bolsillo, simplemente por el color externo y luego por la simple observación visual de su interior…, pero era algo en lo que no cabía soñar en aquellas circunstancias.

De todos modos, había algo que no comprendía en la fotografía. Y no quiso hacer la pregunta siquiera, seguro de que Fay no le respondería.

Entonces, casi de súbito, se acordó de que todavía quedaba alguien en la casa que podía ayudarle mucho.

—Fay, gracias por todo —dijo.

Ella no contestó. Parecía abrumada por el dolor y la frustración.

En silencio, Bludin descendió a la planta baja. Entró en la salita y dijo:

—Millie, quiero hablar con usted.

Capítulo XI

La rubia alzó la cabeza al oír aquellas palabras. Marion contempló el rostro del joven con ojos inquisitivos.

Bludin le hizo una ligera seña con la mano, como pidiéndole que le dejara hacer. En el mismo instante, Millie decía:

—¿Qué es lo que quiere de mí, Bat?

—Tengo en el bolsillo una fotografía, en la que aparecen siete conspiradores, usted entre ellos. ¿Recuerda esa reunión?

La cara de Millie, ya pálida, se puso gris.

—Sí —admitió con voz sorda.

—En esa reunión se conspiró para acelerar el fin de la vida de Koldicutt, ¿no es cierto?

Millie hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Marion se sentía pasmada por la inesperada revelación, aunque, discreta, se abstuvo de intervenir, ya que comprendía que Bludin llevaría mejor el interrogatorio.

—¿Hicieron algún plan definido? —preguntó él.

—En cierto modo… Alguno tenía que procurarse una muestra de las píldoras estimulantes. Entonces prepararíamos otras idénticas, pero sin valor alguno medicinal.

—Y le darían el cambiazo.

—Sí.

Bludin sacó el frasco del bolsillo.

—Estas píldoras, ¿son auténticas o falsas?

—No lo sé, yo no lo hice ni intervine para nada. Ni siquiera vi una sola píldora.

—Entonces, ¿quién hizo el cambio?

—Lila… o su esposo, o quizá Peggy.

—Peggy —repitió Bludin—. Tenía cierta habilidad para mover los dedos sin que se diera cuenta la gente.

—Así era.

—Será preciso hacer analizar estas píldoras, aunque, de momento, eso es algo que no corre demasiada prisa. Millie, a pesar de las protestas, todos ustedes estaban necesitados de dinero, ¿no es cierto?

—Sí. Además, odiábamos a Hyram. Todos le detestábamos. Era un sujeto abyecto, repugnante; se gozaba en humillarnos, a cada momento nos echaba en cara nuestra dependencia de él…, y decía que iba a vivir cien años y que nosotros reventaríamos antes que él.

—Usted estuvo aquí hace pocos días. ¿Daba la impresión de que era un hombre acabado?

—Oh, no, en absoluto. Se conservaba fuerte como un toro, aunque debía tomar esas píldoras estimulantes.

—¿Vio usted el frasco en alguna ocasión? —Bludin volvió a enseñarlo.

—Sí, aunque no se me presentó oportunidad de cambiarlo. Sabíamos el nombre de la medicina, así que todos vinimos con un frasco cada uno, para cambiarlo, el que pudiera, por el suyo, tras observar la cantidad aproximada de píldoras ya consumidas. Así, al poner el frasco con las píldoras inocuas, dejaríamos la cantidad casi exacta, teniendo en cuenta las consumidas por él desde el momento del cambio hasta la sustitución definitiva. De este modo, Koldicutt no advertiría nada.

—Un truco muy ingenioso; pero, ¿sirvió?

Millie se encogió de hombros.

—Está muerto —respondió.

—Hay algo que no entiendo. —Bludin se volvió ligeramente hacia la muchacha—. Los siete conspiradores se reunieron y Fay tomó una instantánea. Pero esa fotografía puede ser el recuerdo de una reunión entre amigos y familiares de una misma persona. O la celebración de un cumpleaños… Ahora bien, por esa fotografía no se puede deducir una conspiración para asesinar a una persona.

—Según se mire.

—¿Cómo?

—Esa reunión tuvo lugar en casa de Fay. La fotografía no prueba nuestras intenciones, pero sí que estuvimos juntos y, además, indica el lugar donde fue tomada. Por tanto, Fay, un día, podría hacernos chantaje.

—No está mal pensado. Sobre todo teniendo en cuenta que vino

a delatarles a Koldicutt.

Millie se irguió en su asiento.

—¿Eso hizo? —exclamó.

—Sí. Y cobró quinientos dólares por su delación.

—¡Traidora! ¡Perra asquerosa! —dijo Millie—. Siempre con su aspecto de mosquita muerta, humilde, servicial, amable… pero rastrera como ninguna. Así que nos delató.

—Esperaba que Koldicutt le demostrase algo más positivo que quinientos dólares.

—No sabe cuánto me alegro —rió Millie—. De todos modos, no ha salido tan mal librada. Le van a llover cien mil dólares…

—Suponiendo que aparezca el testamento.

Millie saltó en su asiento.

—¿Qué está diciendo? —exclamó.

—Recuerde: Simmons leyó el testamento, pero nosotros sólo vimos que sacaba un sobre, lo enseñaba, rasgaba sus sellos de lacre, extraía un papel de su interior y leía las disposiciones testamentarias de Koldicutt. Pero ¿vimos alguno de nosotros ese testamento?

—Es cierto —murmuró la rubia.

—Y cuando yo iba a apoderarme de la cartera de Simmons, alguien me atacó y se la llevó.

—¿Quién? —preguntó Marion.

—Eso importa poco ahora —dijo Bludin—. Hay algo muchísimo más importante, y es que usted resulta ser el único superviviente de los herederos.

* * *

Sobrevino un intervalo de silencio. Marion observaba a Millie y se dio cuenta de que la joven trataba de digerir la observación de Bludin.

—La única superviviente… —repitió, pasados unos instantes.

—Sí. El testamento lo decía bien claro; renunciar a la herencia o quedarse aquí, para morir de acuerdo con las costumbres y circunstancias personales de cada cual. No hay que tomar esto en un sentido absolutamente literal; pero Koldicutt sabía muy bien que, por ejemplo, Lila buscaría dulces en la primera ocasión que se

le presentase. Fred tocaría el piano tarde o temprano… y así los demás.

—Fred no era heredero —dijo Millie.

—Bueno, estaba aquí.

—Hacía bastante tiempo que se había convertido en la sombra de Helen. —Los labios de Millie se curvaron en una mueca de desprecio—. Figúrese, una mujer de cuarenta años bien corridos y un hombre quince o dieciséis años más joven…

—No es la primera pareja en tales condiciones —intervino Marion.

—Bien, eso es algo secundario por el momento. Parece, sin embargo, que Koldicutt debía de sentir una gran antipatía por Fred y por eso le preparó la trampa de la ametralladora. De Helen sabía también que acabaría por ir a la caja fuerte, en busca del medallón. Por tanto, puso la aguja envenenada… Y usted, Millie, ¿cuál es su costumbre más acusada?

La rubia se mordió los labios.

—No lo diré —contestó.

—Millie, tratamos de ayudarla —dijo Marion.

—¡No!

—Escuche, comprendemos muy bien su estado de ánimo y el odio que podía sentir hacia su tío; pero eso no es suficiente para que él no quisiera matarla. Por alguna parte de la casa hay una trampa preparada. Koldicutt demostró ser un buen psicólogo, no cabe la menor duda. Díganos cuál es su costumbre más acusada, para buscar y desarmar esa trampa.

Millie vaciló.

—Está bien… Hace ya tiempo que… he empezado una cura de alcohol… Todos sabían que yo bebía en exceso, pero aún no había dicho a nadie que me he puesto en tratamiento. Esta noche, por ejemplo, no he probado una sola gota de licor.

A Marion se le pusieron los pelos de punta.

—¡Cielos! —exclamó—. Ella no ha bebido, pero todos los demás sí; y en alguna parte hay una botella envenenada…

—Yo sé dónde está —declaró Millie sorprendentemente.

—¿Cómo? —se asombró Bludin.

—Mi tío supuso que nos quedaríamos en la casa después de la lectura del testamento. Yo solía ocupar siempre la misma

habitación. Apostaría a que hay allí un par de botellas.

Bludin volvió los ojos hacia Marion. La chica asintió.

—Voy a comprobarlo —dijo él—. Marion, no se separe de Millie.

—Descuide, Bat.

Bludin se dirigió hacia la puerta y corrió rápidamente al primer piso. No tardó en encontrar una habitación en la que, sobre una mesita, se divisaban dos botellas.

Sonrió satisfecho. Al menos, en una de sus víctimas, Koldicutt había fracasado.

Parecía lógico que sólo estuviesen envenenadas las dos botellas, porque era de suponer que los invitados beberían de otras que se hallarían en la planta baja, y si cada uno de ellos debía morir de acuerdo con sus hábitos o circunstancias, la única que podía morir envenenada era la alcohólica… que precisamente estaba en vías de curación.

—No sabes cuánto me alegro de que, por lo menos uno de ellos, te haya chasqueado —dijo en voz alta, como si el muerto pudiese oírle.

De pronto se acordó de algo que había olvidado.

—Tengo que despertar a Elphins —murmuró.

Salió del dormitorio y se encaminó hacia el ático. Momentos después abría la puerta del cuarto del mayordomo.

Elphins continuaba dormido en la cama. Bludin pronunció su nombre.

El mayordomo continuó en la misma posición.

—¡Elphins!

La voz del joven había alcanzado un tono muy superior al normal; pero, pese a ello, Elphins no varió de postura.

Habría tomado demasiados somníferos, dedujo. Pero, de una forma u otra, tendría que despertarlo.

Se acercó a la cama. De súbito, reparó en la absoluta inmovilidad del pecho de Elphins.

Tocó una de las manos del durmiente. Estaba fría como el hielo.

En aquel cuerpo no había pulso, lo comprobó instantes después. Y, lleno de congoja, se preguntó si no habría podido evitar aquella muerte, tratando de despertar a Elphins cuando apenas se había tomado el somnífero.

* * *

Durante unos momentos, Bludin permaneció inmóvil, consternado por el descubrimiento. De pronto, oyó unos golpes en el patio posterior.

Corrió hacia la ventana. Fay golpeaba un tronco con un hacha.

—¿Qué hace, Fay? —preguntó.

—Astillas —contestó la mujer—. Ahora, a la madrugada, la temperatura baja aquí bastante. Encenderé la chimenea de la salita.

—Está bien. Bajaré a ayudarla.

—No se moleste.

Bludin cerró la ventana. Al volverse, divisó algo que llamó poderosamente su atención.

¿Qué había en aquel armario, cuya puerta estaba entreabierta?

Se acercó al mueble y terminó de abrirlo. Lo que descubrió le hizo sentirse muy pensativo.

Estuvo así unos momentos. Luego, de pronto, cerró con cuidado, dio media vuelta y salió del dormitorio.

Momentos después entraba en la salita. Marion y Millie le dirigieron una mirada ansiosa.

—Arriba hay dos botellas, en efecto —dijo él.

—Me lo figuraba —contestó Millie.

—Pero eso no es lo peor. Elphins está muerto.

Marion lanzó un gritito. Millie se puso lívida.

—También el mayordomo —dijo con voz sorda.

—Creía que estaría dormido, pero cuando le llamé y no despertó, le sacudí con fuerza… y entonces fue cuando noté que estaba muerto.

Millie dejó escapar una risa amarga.

—¿Quién dijo antes que ésta era la noche de difuntos?

—Bat, ¿de qué ha muerto Elphins?

—Lo ignoro. Sospecho que ha debido de tomar exceso de somníferos, porque se le ve el rostro muy tranquilo…, pero no es más que una suposición, ya que, naturalmente, no tengo medios de comprobar mis palabras.

—Otro muerto más —murmuró Marion—. Bat, ¿podremos salir de aquí?

—Tarde o temprano, tendremos que intentarlo. Sobre todo,

cuando amanezca. Pero, mientras tanto, ¿quieren acompañarme?

—¿Adónde, Bat?

—Vengan las dos, por favor. Pero no hagan nada sin que yo se lo diga. Sigan en todo mis indicaciones. ¿Comprendido?

—¿Qué idea se le ha ocurrido, Bat? —inquirió Millie.

—Por favor, un poco de paciencia.

Bludin dio media vuelta. Fay entró en aquel momento, con un brazado de astillas.

—Voy a encender la chimenea —anunció con voz inexpresiva.

—Nosotros regresaremos en seguida —dijo Bludin, apartándose a un lado para que salieran las dos mujeres.

Capítulo XII

Con no poca aprensión. Marion y Millie se dieron cuenta de que el joven las guiaba a la cámara mortuoria. Bludin encendió la luz eléctrica. Los cirios estaban apagados.

—Ahí está el hombre que quería matarme —dijo Millie—. Me dan ganas de escupirle…

—Cuidado, usted también deseó su muerte.

—Si hubiera tenido que soportar lo que yo soporté…

—Eso se ha pasado ya. Miren aquí, por favor.

Bludin cruzó la fúnebre estancia y se acercó al gran armario situado al fondo. Abrió la puerta y luego, sin vacilar, penetró en su interior.

Marion lanzó un grito de angustia:

—¡Cuidado, Bat!

—No tema —sonrió el joven—. Aguarden un momento.

Tenía la lámpara eléctrica portátil en una mano, mientras que con la otra exploraba la pared del fondo. De pronto vio una fina línea de separación en la madera y presionó a fondo.

Una puerta giró, dejando ver la entrada de un pasadizo, que acababa a un par de metros, para convertirse en una especie de pozo completamente vertical, con una escalera de peldaños de hierro sujetos al muro.

Al frente había otra puerta. Bludin empezó a comprender muchas de las cosas que habían ocurrido durante la noche en aquella casa, sobre todo cuando divisó una enorme maleta situada al pie de la escalera.

—¡Bat! —llamó la muchacha—. ¿Qué pasa ahí?

—Un momento, por favor; salgo en seguida.

Los nervios de Marion no lo pudieron resistir y corrió hacia el armario. Al asomarse a su interior, lanzó una exclamación de sorpresa:

—¡Cielos!

Bludin se volvió sonriendo hacia ella.

—¿Qué le parece? —preguntó.

—¿Adónde da ese pasadizo?

El joven alzó una mano hacia arriba.

—Por aquí, al dormitorio de Elphins. —Abrió la otra puerta—. Y por allí, a la cocina.

Marion se sentía estupefacta.

—Pero ¿qué objeto tienen esos pasadizos? —insistió.

—Ahora lo sabrá. Tengo ganas de fumar un cigarrillo —dijo él inesperadamente.

Salió fuera y se puso el cigarrillo en los labios.

—Aparte de las muertes, aquí se ha estado produciendo esta noche una especie de juego de burla, bastante macabro, pero que, sin embargo, no tenía otro objeto que torturar los nervios de los invitados —dijo.

—¿Quién hacía ese juego, Bat?

Bludin encendió el cigarrillo e inhaló un par de bocanadas de humo.

—¡Puah! ¡Qué mal sabe este tabaco! —exclamó.

Y con gesto de asco, lanzó el cigarrillo encendido al ataúd donde yacía Koldicutt.

Entonces, el muerto se sentó vivamente, manoteando con frenesí para apartar de su cara el cigarrillo encendido.

Se oyó un agudo chillido. Marion retrocedió unos cuantos pasos, con los ojos desorbitados por el horror.

Millie fue más práctica y se desmayó.

Sentado en el ataúd, Koldicutt miró al joven con ojos llameantes.

—¿Por qué ha tenido que descubrirme? —dijo—. Les tenía preparado un tablón para cruzar el foso y veinticinco mil dólares para cada uno…

—No nos gustan las cosas que han pasado aquí esta noche —respondió Bludin fríamente.

* * *

Koldicutt abandonó el ataúd y se sacudió las ropas.

—No le gustan. ¿Y qué? Ellos querían matarme. Yo estaba en mi

derecho al vengarme.

Marion, arrodillada junto a Millie, trataba de volverla a la vida.

—Lo que ha hecho no está ni pizca de bien —dijo—. Ni el señor Bludin ni yo le conocíamos a usted…

—Sí, me conocían —sonrió Koldicutt—. Hace un par de años, ambos fueron testigos, por separado, de un accidente automovilístico. Yo fui el perjudicado, pero en aquellos instantes viajaba con otro nombre. Cuestión de negocios, ¿saben? De no haber sido por la declaración de ustedes dos, yo habría perdido aquel negocio, ya que el juez de tráfico me exculpó inmediatamente.

—Además de usar el nombre de John Kerrigan, tenía también otro aspecto —recordó Bludin.

—Sí, en efecto; pero ustedes no cambiaron de nombre y yo los anoté y me dije que algún día recompensaría aquel favor, que me iba a permitir ganar bastante dinero. Lo que no imaginé es que ustedes me estropearían este otro negocio.

—¿Califica de negocio las muertes que se han producido? —exclamó Marion, vivamente indignada.

—Es sólo una forma de expresión —sonrió Koldicutt—. Pero tenía que vengarme.

—¿También de Elphins?

—Elphins me ayudó mucho. Incluso se prestó de buena gana a posar para el artista que modeló la mascarilla, de la que luego se obtuvo una copia exacta de sus facciones. Elphins y yo teníamos una figura muy parecida, de modo que no me ha costado demasiado hacerme pasar por él desde el primer momento. Adecué igualmente la voz y…

—Elphins hizo más tarde algo que no le gustó, ¿verdad? —adivinó la muchacha.

—Sí.

—¿Qué hizo?

—Seguramente, pedirle la mitad del dinero que hay en una maleta, en el pasadizo —terció Bludin.

Koldicutt se volvió hacia el joven.

—Ah, lo ha descubierto usted —exclamó.

—Sí. Debe de haber algo así como un millón de dólares en efectivo. Y seguramente pensaba abandonar el país, tras haber

destruido los documentos que había en la cartera de Simmons, ¿no es cierto?

—¿Por qué les habré llamado? —se lamentó Koldicutt hipócritamente—. Van a ser mi perdición…

—Usted mismo se ha perdido cuando empezó a matar a la gente —acusó el joven—. Eso no se concibe, si no se piensa en la morbosa afición de satisfacer la venganza, antes de marcharse del país.

—Sí, tiene usted razón.

—Así, pues, la máscara le servía para hacerse pasar por Elphins, quien seguramente era el muerto que vimos aquí a nuestra llegada. Eso significa una segunda máscara.

—Justamente —admitió Koldicutt sin pestañear.

—¿Qué pasaba con los cirios encendidos y apagados? —preguntó Marion. Millie se había levantado ya y miraba al ex difunto con ojos llenos de pasmo.

—Servía para crear ambiente. Lo mismo que el falso Simmons, «resucitado» —sonrió Koldicutt.

—Sí, primero fue Elphins el ahorcado y luego usted.

—Exactamente. Pero no me negará que las trampas fueron preparadas de acuerdo con la idiosincrasia y hábitos de cada cual.

—Salvo Millie, quien se está curando de su afición al alcohol.

Los ojos de Koldicutt se posaron en el rostro de la aludida.

—Uno no puede atender a todo —dijo con falsa resignación.

—Estarás en la cárcel el resto de tus días —exclamó Millie, colérica.

Koldicutt lanzó una atronadora risotada.

—Voy a marcharme de aquí y nadie me lo podrá impedir —aseguró.

—Ni siquiera el abogado Simmons —dijo Bludin.

—Simmons se encargó de procurarme el dinero, pero cuando se puso pesado, tuve que eliminarle. Además, no podía permitir que divulgara mi «resurrección». Ustedes dos se habrían ido de aquí, convencidos de que yo había muerto… y entre las ruinas de la casa, que hubiera ardido hasta los cimientos, habrían encontrado el cadáver de Elphins, que habría pasado por el mío.

—Es decir, pensaba pegar fuego a la casa.

—Sí.

—El pasadizo le servía para ir y venir sin ser visto.

—Y para llevar y traer el cuerpo de Elphins cuando convenía. ¡No pueden imaginarse lo pesado que es ese cadáver!

—Una pregunta, señor Koldicutt —dijo Bludin.

—Sí, amigo mío.

—¿Tienen algún significado los cirios?

—Pues… a decir verdad, uno para cada mujer. Pero la ceremonia del entierro tuvo que suspenderse y me perdí la diversión de ver a cuatro hombres cavando una tumba, alumbrados por seis mujeres. Blanco para usted, señorita Ford; amarillo para Peggy, la ladrona; rojo para ti, Millie, ya que es el color del vino; verde para mi querida hermanita; azul para la idiota de Lila Zane.

—Se olvida del negro —dijo Bludin.

—Para Fay, hombre —rió Koldicutt—. Es la única que habría llevado luto por mí, aunque sólo hubiera sido interiormente.

—Usted odiaba también a Ibbetson. No era pariente suyo…

—¡Era un parásito inmundo! De todas las cosas que he detestado en la vida, los tipos como Ibbetson, capaces de las mayores abyecciones por vivir sin trabajar, a costa de los demás, son los que más he odiado. Sabía que vendría aquí, a remolque de mi desvergonzada hermana, y le preparé la trampa del piano con ametralladora.

—Muy bien, pero ya que sabemos que está vivo, ¿cuáles son sus intenciones? ¿Matarnos a los que aún estamos vivos? ¿Qué hará después, huir con ese millón de dólares que, probablemente, es todo cuanto resta de sus negocios?

Los ojos de Koldicutt centellearon.

—Les encerraré en una habitación de la cual no podrán salir. Yo tengo escondido un coche fuera del foso. Cuando quieran avisar a la policía, ya estaré muy lejos de aquí.

Bludin pensó en el revólver que tenía en el bolsillo posterior de los pantalones. Seguramente, calculó, Koldicutt estaba también armado. De momento, era mejor dejarse encerrar. Sólo si veía intenciones agresivas en Koldicutt usaría el arma.

Y, en todo caso, podía servirle para descerrajar la puerta.

Alguien entró en la estancia.

—Fay —exclamó Koldicutt.

Bludin se volvió hacia el ama de llaves, cuyas manos, observó, estaban a la espalda.

Pero sus ojos le llamaron más la atención. Parecían los de una demente.

—Lo he oído todo —dijo Fay.

—Es lamentable, pero no puedo hacer más por ti —contestó Koldicutt fríamente—. Debiste haber comprendido hace tiempo que lo que hubo entre los dos no son ahora más que cenizas frías.

—Sí —contestó ella—, cenizas frías… ¡Lo mismo que serás tú dentro de muy poco!

Y de súbito, un hacha volteó en el aire y alcanzó el lado izquierdo del cuello de Koldicutt.

Se oyó un terrible alarido. Un caño de sangre brotó de la yugular de Koldicutt, seccionada por el hachazo. Pero Fay no parecía darse por satisfecha con aquel golpe, de por sí solo mortífero.

Koldicutt se tambaleó, en medio del horror de los presentes. Como poseída por un espíritu infernal, Fay alzó el hacha y la descargó contra la frente del millonario, empleando en la acción todas sus fuerzas.

Se oyó un espeluznante crujido. El hacha rompió los huesos y penetró hasta la masa encefálica.

Koldicutt cayó al suelo, pataleando espantosamente. Pero Fay seguía descargando hachazos en su cuerpo, completamente enloquecida, a la vez que profería gritos de fiera en el paroxismo de su cólera.

De pronto, Bludin reaccionó y apartó a la mujer, lanzándola al suelo de un empellón. Fay quiso levantarse, pero el joven la aturdió de un seco puñetazo en la mandíbula.

Marion y Millie, espantadas, habían abandonado aquella cámara de horrores. Bludin contempló unos instantes el sangriento cadáver de Koldicutt.

—Nunca se debe herir el orgullo y el amor propio de una persona —murmuró—. Sobre todo, si es alguien que nos ama intensamente.

Pero Koldicutt ya no podía oírle.

Ahora sí había muerto de verdad, pensó Bludin.

Miró hacia la ventana. Ya se divisaba una ligera claridad hacia el este.

Suspiró. Terminaba la noche de difuntos.

* * *

Los policías habían pasado por una pasarela construida rudimentaria, pero eficazmente. Un pesado camión-grúa hacía pasar algunos coches al camino que accedía a la casa.

Los cadáveres habían salido por el mismo procedimiento. Hacía sol.

Bludin, cansado, se sentó en un banco del jardín. Marion se le unió minutos más tarde.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó ella.

Bludin se esforzó por sonreír.

—Bien, aunque estoy deseando olvidar esta noche —respondió.

—Yo también. ¿Lo conseguiremos algún día, Bat?

—Al menos debemos intentarlo, Marion.

Dos policías se llevaron a Fay. Bludin meneó la cabeza. Compadecía a aquella pobre mujer. Tal vez saldría relativamente bien librada, si un abogado hábil conseguía una declaración de locura transitoria.

—¿Seguirás estudiando, Bat?

—Sí, quiero ser arquitecto.

—Es una profesión muy bonita.

—A mí me gusta.

—Pero casi podrías dedicarte a detective.

Bludin se espantó.

—¡Horror! No, con una vez tengo más que suficiente. Por cierto. Marion, tengo que pedirte una cosa.

—Dime, Bat.

—Cuando todo esto haya quedado suficientemente aclarado, me gustaría invitarte a cenar una noche.

Ella sonrió dulcemente.

—Cuando quieras, Bat —accedió.

Estaban mirándose a los ojos. Ambos sabían que en aquella trágica noche se habían anudado unos lazos que el tiempo iría consolidando firmemente.

F I N



LUIS GARCÍA LECHA. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig.

Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor.

La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas.

Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión

hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales —Bruguera, Toray— que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras.

García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2.000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans.

Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.